



Universidad Estatal a Distancia
Colegio Nacional de Educación a Distancia
Antología de Literatura

Décimo año

MATERIA: ESPAÑOL

Código: 80022

Copilación: M.Sc. Almitra Desueza Delgado

Dirección Nacional: M.Sc. Paola Mesén Meneses

Coordinador de Cursos Virtuales: M.Sc. Jorge Díaz

Coordinación de Área: M.Sc. Almitra Desueza Delgado

Teléfonos: 2258-2209 / 2255-3042 / 2221-2995

Página web: <http://www.coned.ac.cr>

**MATERIAL SIN FINES
COMERCIALES, PARA USO
EXCLUSIVO DE ESTUDIANTES DEL
CONED.**

Contenido

Poesía	2
Pedro Salinas, Fe mía	2
Pedro Salinas, El poema.....	3
Jorge Guillén, Perfección	3
Jorge Guillén, Unos caballos	4
Juan Larrea, El mar en persona.....	4
Juan Larrea, En la niebla	5
Mauricio Bacarisse, Ruiseñor.....	5
Gerardo Diego, Angelus.....	6
Gerardo Diego, Nocturno	6
Cuento.....	7
Mujeres de ojos grandes	7
Ensayo	10
La otra historia: don Quijote derrotado.....	10
Gabriel García Márquez, Yo no vengo a decir un discurso: Cómo comencé a escribir..	27
Drama.....	31
Pedro Calderón de la Barca, La vida es sueño	31

Poesía

Cifo González, Manuel, (2005), Antología poética de la generación del 27,
Ediciones Santillana, México D.F.

Pedro Salinas, Fe mía

No me fío de la rosa
de papel,
tantas veces la hice
yo con mis manos.
Ni me fío de la otra

rosa verdadera,
hija del sol y sazón,
la prometida del viento.
De ti que nunca te hice,
de ti que nunca te hicieron,
de ti me fío, redondo
seguro azar.

Pedro Salinas, El poema

Y ahora, aquí está frente a mí.
Tantas luchas que ha costado,
tantos afanes en vela,
tantos bordes de fracaso
junto a este esplendor sereno
ya son nada, se olvidaron.
Él queda, y en él, el mundo,
la rosa, la piedra, el pájaro,
aquellos, los del principio,
de este final asombrados.
¡Tan claros que se veían,
y aún se podía aclararlos!
Están mejor; una luz
que el sol no sabe, unos rayos
los iluminan, sin noche,
para siempre revelados.
Las claridades de ahora
Lucen más que las de mayo.
Si allí estaban, ahora aquí;
a más transparencia alzados.
¡Qué naturales parecen,
qué sencillo el gran milagro!
En esta luz del poema,
todo,
desde el más nocturno beso
al cenital esplendor,
todo está mucho más claro.

Jorge Guillén, Perfección

Queda curvo el firmamento,
Compacto azul, sobre el día.

Es el redondeamiento
Del esplendor: mediodía.
Todo es cúpula. Reposo,
Central si querer, la rosa,
A un sol en cenit sujeta.
Y tanto se da el presente
Que el pie caminante siente
La integridad del planeta.

Jorge Guillén, Unos caballos

Peludos, tristemente naturales,
En inmovilidad de largas crines
Desgarbadas, sumisos a confines
Abalanzados por los herbazales,
Unos caballos hay. No dan señales
De asombro, pero van creciendo afines
A la hierba. Ni bridas ni trajines.
Se atienen a su paz: son vegetales.

Tanta acción de un destino acaba en el alma.
Velan soñando sombras las pupilas,
Y asisten, contribuyen a la calma
De los cielos -si a todo ser cercanos,
Al cuadrúpedo ocultos – las tranquilas
Orejas. Hí están: ya sobrehumanos.

Juan Larrea, El mar en persona

He aquí el mar alzado en un abrir y cerrar de ojos de pastor
He aquí el mar sin sueño como un gran miedo de tréboles en flor
Y en postura de tierra sumisa al parecer
Ya se van con sus lanas de evidencia su nube y su labor
A la sombra de un olmo nunca hay tiempo que perder.

Crédula exquisita la oscuridad sale a mi encuentro
Mi frente abriga la corteza del pan que llevo adentro
Cortado a pico sobre un pájaro inseguro

Y así me alejo bajo la acción del piano

Que me cose a las plantas precursoras del mar
Un ciervo de otoño baja a beber la luna de tu mano
Y ahora a mi orilla el mundo se empieza a desnudar
Para morirse de árboles al fondo de mis ojos

Mis cabellos se llenan de peces de penumbra
y de esqueletos de navíos forzosos

Sin ir más lejos
tú eres fría como el hacha que derriba el silencio
en la lucha entre el paisaje y su golpe de vista

Mas cuando el cielo exporta sus célebres pianistas
y la lluvia ennoblece el olor de mi persona
cómo tu hermoso corazón se traiciona

Juan Larrea, En la niebla

En la niebla raza de nuestra raza domicilio
de las faltas de convicción de nuestros fantasmas
desde los gendarmes hasta las hipótesis más atrevidas
hasta los almendros obligados a presagiar el porvenir de nuestra Europa
la nuestra la de los diplomáticos
que subordinan las flores a las secretas inclinaciones de nuestra piel
guardando un equilibrio exento de ociosidad
occidente bello occidente
antes que el sol encuentre la máscara que busca
entre las ramas y que ya se inclina a recoger.

El hombre es la más bella conquista del aire

Mauricio Bacarisse, Ruiseñor

La pálida luna en flor
y la fuente, en mil promesas,
son dos hermanas siamesas
unidas por un temblor.
Riela trinos, ruiseñor,
sobre agua de astros en calma,
tú, que humedeces la palma

de la mano de Dios, y osas
probar a las lindas rosas
la inmortalidad del alma.

Gerardo Diego, Angelus

Sentado en el columpio
El ángelus dormita

Enmudecen los astros y los frutos

Y los hombres heridos
Pasean sus surtidores
Como delfines líricos

Otros más agobiados
Con los ríos al hombro
Peregrinan sin llamar en las posadas

La vida es un único verso interminable
Nadie sabe que el cielo es un jardín
Olvido

El ángelus ha fallecido

Con la guadaña ensangrentada
Un segador cantando se alejaba

Gerardo Diego, Nocturno

Están todas

También las que se encienden en las noches de moda

Nace del cielo tanto humo
Que ha oxidado mis ojos

Son sensibles al tacto las estrellas
No sé escribir a máquina sin ellas

Ellas lo saben todo
Graduar el mar febril
Y refrescar mi sangre con su nieve infantil

La noche ha abierto el piano
Y yo las digo adiós con la mano

Cuento

Mastretta, Ángeles, (2012), Mujeres de ojos grandes, Editorial Booket, México D.F.

Mujeres de ojos grandes

Leonor tenía el ombligo más perfecto que se ható. Un pequeño punto hundido justo en la mitad de su vientre planísimo. Tenía una espalda pecosa y unas caderas redondas y firmes, como los jarros en que tomaba agua cuando niña. Tenía los hombros suavemente alzados, minaba despacio, como sobre un alambre. Quienes las vieron cuentan que sus piernas eran largas y doradas, que el vello de su pubis era un mechón rojizo y altanero, que fue imposible mirarle la cintura sin deseársela entera.

A los diecisiete años se casó con la cabeza y con un hombre que era justo lo que una cabeza elige para cursar la vida. Alberto Palacios, notario riguroso y rico, le llevaba quince años, treinta centímetros y una proporcional dosis de experiencia. Había sido largamente novio de varias mujeres aburridas que terminaron por aburrirse más cuando descubrieron que el proyecto matrimonial del licenciado era a largo plazo.

El destino hizo que tía Leonor entrara una tarde a la notaría, acompañando a su madre en el trámite de herencia fácil que les resultaba complicadísima, porque el recién fallecido padre de la tía no había dejado que su mujer pensara ni media hora de vida. Todo hacía por ella menos ir al mercado y cocinar. Le contaba las noticias del periódico, le explicaba lo que debía pensar de ellas, le daba un gasto que siempre alcanzaba, no le pedía nunca cuentas y hasta cuando iban al cine le iba contando la película que ambos veían: "Te fijas, Luisita, este muchacho ya se enamoró de la señorita. Mira cómo se miran, ¿ves? Ya la quiere acariciar, ya la acaricia. Ahora le va a pedir matrimonio y al rato seguro la va a estar abandonando".

Total que la pobre tía Luisita encontraba complicadísima y no sólo penosa la repentina pérdida del hombre ejemplar que fue siempre el papá de tía Leonor. Con esa pena y esa complicación entraron a la notaría en busca de ayuda. La encontraron tan solícita y eficaz que la tía Leonor, todavía de luto, se casó en año y medio con el notario Palacios.

Nunca fue tan fácil la vida como entonces. En el único ore difícil ella había seguido el consejo de su madre: cerrar los ojos y decir un avemaría. En realidad, varios ave. marías, porque a veces su inmoderado marido podía tardar diez misterios del rosario en llegar a la serie de quejas y soplidos con que culminaba el circo que sin remedio iniciaba cuando por alguna razón, prevista o no, ponía la mano en la breve y suave cintura de Leonor.

Nada de todo lo que las mujeres debían desear antes de los veinticinco años le faltó a tía Leonor: sombreros, gasas, zapatos franceses, vajillas alemanas, anillo de brillantes collar de perlas disparejas, aretes de coral, de turque de filigrana. Todo, desde los calzones que bordaban las monjas trinitarias hasta una diadema como la de la cesa Margarita. Tuvo cuanto se le ocurrió, incluso la devoción de su marido que poco a poco empezó a darse cuenta de que la vida sin esa precisa mujer sería intolerable.

Del circo cariñoso que el notario montaba por lo menos tres veces a la semana, llegaron a la panza de la tía Leonor primero una niña y luego dos niños. De modo tan extraño como sucede sólo en las películas, el cuerpo de la tía Leonor se infló y desinfló las tres veces sin perjuicio aparente. El notario hubiera querido levantar un acta dando fe de tal maravilla, pero se limitó a disfrutarla, ayudado por la diligencia cortés y apacible que los años y la curiosidad le habían regalado a su mujer. El circo mejoró tanto que ella dejó de tolerarlo con el rosario entre las manos y hasta llegó a agradecerlo, durmiéndose después con una sonrisa que le duraba todo el día.

No podía ser mejor la vida en esa familia. La gente habla siempre bien de ellos, eran una pareja modelo. Las mujeres no encontraban mejor ejemplo de bondad y compañía que la ofrecida por el licenciado Palacios a la dichosa Leonor, y cuando estaban más enojados los hombres evocaban la pacífica sonrisa de la señora Palacios mientras sus mujeres hilvanaban una letanía de lamentos.

Quizá todo hubiera seguido por el mismo camino si a la tía Leonor no se le ocurre comprar nísperos un domingo. Los domingos iba al mercado en lo que se le volvió un rito solitario y feliz. Primero lo recorría con la mirada, sin querer ver exactamente de cuál fruta salía cuál color, mezclando los puestos de jitomate con los de limones. Caminaba sin detenerse hasta llegar donde una mujer inmensa con cien años en la cara, iba moldeando unas gordas azules. Del comal recogía Leonorcita su gorda de requesón, le ponía con cautela un poco de salsa roja y la mordía despacio mientras hacía las compras.

Los nísperos son unas frutas pequeñas, de cáscara como terciopelo, intensamente amarilla. Unos agrios y o dulces. Crecen revueltos en las mismas ramas de un árbol de hojas largas y oscuras. Muchas tardes, cuando eran con trenzas y piernas de gato, la tía Leonor trepó al níspero de casa de sus abuelos. Ahí se sentaba a comer de prisa. Tres agrios, un dulce, siete agrios, dos dulces, hasta que la búsqueda y la mezcla de sabores eran un juego delicioso. Estaba prohibido que las niñas subieran al árbol, pero Sergio, su primo, era un niño de ojos precoces, labios delgados y voz decidida que la inducía a inauditas y secretas aventuras. Subir al árbol era una de las fáciles.

Volvió a la casa con ellos, se los enseñó a sus hijos y los sentó a comer, mientras ella contaba cómo eran fuertes las piernas de su abuelo y respingada la nariz de su abuela. Al poco rato, tenía en la boca un montón de huesos lúbricos y cáscaras aterciopeladas. Entonces, de golpe, le volvieron los diez años, las manos ávidas, el olvidado deseo de Sergio subido en el árbol, guiñándole un ojo.

Sólo hasta ese momento se dio cuenta de que algo le habían arrancado el día que le dijeron que los primos no pueden casarse entre sí, porque los castiga Dios con hijos que parecen borrachos. Ya no había podido volver a los días de antes. Las tardes de su felicidad estuvieron amortiguadas en adelante por esa nostalgia repentina, inconfesable.

Nadie se hubiera atrevido a pedir más: sumar a la redonda tranquilidad que le daban sus hijos echando barcos de papel bajo la lluvia, al cariño sin reticencias de su marido generoso y trabajador, la certidumbre en todo el cuerpo de que el primo que hacía temblar su perfecto ombligo no estaba prohibido, y ella se lo merecía por todas las razones y desde siempre. Nadie, más que la desaforada tía Leonor.

Una tarde lo encontró caminando por la de 5 de Mayo. Ella salía de la iglesia de Santo Domingo con un niño en cada mano. Los había llevado a ofrecer flores como todas las tardes de ese mes: la niña con un vestido largo de encajes y organdí blanco, coronita de paja y enorme velo alborotado. Como una novia de cinco años. El niño, con un disfraz de acólito que avergonzaba sus siete años.

-Si no hubieras salido corriendo aquel sábado en casa de los abuelos este par sería mío - dijo Sergio, dándole un beso.

-Vivo con ese arrepentimiento contestó la tía Leonor.

No esperaba esa respuesta uno de los solteros más codiciados de la ciudad. A los veintisiete años, recién llegado de España, donde se decía que aprendió las mejores técnicas para el cultivo de aceitunas, el primo Sergio era heredero de un rancho en Veracruz, de otro en San Martín y otro más cerca de Atzálan.

La tía Leonor notó el desconcierto en sus ojos, en lengua con que se mojó un labio, y luego lo escuchó responder:

-Todo fuera como subirse otra vez al árbol.

La casa de la abuela quedaba en la 11 Sur, era enorme y llena de recovecos. Tenía un sótano con cinco puertas en que el abuelo pasó horas haciendo experimentos que a veces le tiznaban la cara y lo hacían olvidarse por un rato de los cuartos de abajo y llenarse de amigos con los que jugar billar en el salón construido en la azotea.

La casa de la abuela tenía un desayunoador que daba al jardín y al fresno, una cancha para jugar frontón que ellos usaron siempre para andar en patines, una sala color de rosa con un piano de cola y una exhausta marina nocturna, una recámara para el abuelo y otra para la abuela, y en los cuartos que fueron de los hijos varias salas de estar que iban llamándose como el color de sus paredes. La abuela, memoriosa y paralítica, se acomodó a pintar en el cuarto azul. Ahí la

encontraron haciendo rayitas con un lápiz en los sobres de viejas invitaciones de boda que siempre le gustó guardar. Les ofreció un vino dulce, luego un queso fresco y después unos chocolates rancios. Todo estaba igual en casa de la abuela. Lo único raro lo notó la viejita después de un rato:

-A ustedes dos, hace años que no los veía juntos.

-Desde que me dijiste que si los primos se casan tienen hijos idiotas contestó la tía Leonor.

La abuela sonrió, empujando sobre el papel en el que delineaba una flor interminable, pétalos y pétalos encimados sin tregua.

Desde que por poco y te matas al bajar del níspero dijo Sergio

-Ustedes eran buenos para cortar nísperos, ahora no encuentro quién.

-Nosotros seguimos siendo buenos -dijo la tía Leonor, inclinando su perfecta cintura.

Salieron del cuarto azul a punto de quitarse la ropa, bajaron al jardín como si los jalara un hechizo y volvieron tres horas después con la paz en el cuerpo y tres ramas de nísperos.

-Hemos perdido práctica -dijo la tía Leonor.

--Recupérenla, recupérenla, porque hay menos tiempo que vida contestó la abuela con los huesos de níspero llenándole la boca.

Ensayo

Viquez Jiménez ,Alí(1966),El coraje de leer Cuatro ensayos quijotescos , San José, C.R, UENED,2015

La otra historia: don Quijote derrotado

Muchos libros

Como es obvio, el Quijote no es un libro, sino muchos. Un libro está dentro de otro libro que a su vez cabe en otro más: el libro de Cide Hamete, traducido por encargo de Cervantes, y que este se encarga de reescribir. Pero también está el libro que leen los personajes de la segunda parte, esa primera parte que anda rondando, compartiendo los créditos, mal de su grado, con el Quijote apócrifo, otro

libro allí metido. Eso sin contar todos los libros del caballero, que habrán ardidido la mayoría, pero que nadie ha podido extirpar de su cabeza ni de su boca, donde tienen carta blanca para manifestarse, y sin hacer referencia a todas las historias intercaladas, novelas ejemplares curios: impertinentes, que abundan aunque no vengan caso. Los libros se relacionan entre sí ora armoniosamente, como primera y segunda parte cervantinas ora en medio de la sospecha, como cuando alguno dice algo que el otro juzga mentira (esos pasajes que despiertan dudas en cuanto a su verdad, hijos de la pluma del musulmán, siempre propenso al engaño); ora en trifulca de verdaderos enemigos andantes: el peor villano de esta historia es el apócrifo de Avellaneda, un odioso farsante que el buen libro cervantino malquiere. Más que un libro, estamos en un laberinto de ellos, donde se juntan, se interrumpen y se continúan de una manera que solo la locura podría concebir: es necesario aceptar la incoherencia para leerlos: después de todo, son tantos y tan dispartes, que -como los libros de las sagradas escrituras únicamente a la brava se pueden interpretar como puestos de acuerdo.

Dos libros

Ahora me propondré algo más bien modesto y mucho menos evidente: el Quijote como dos libros apenas. El primero es el del Quijote vencedor: corresponde a toda la primera parte y a los sesenta y tres capítulos iniciales de la segunda parte; el segundo, es el Quijote derrotado, y va del capítulo LXIV al final de la segunda parte.

Del Quijote antes del LXIV (II) diré: podrán apalearlo, humillarlo, encantarlo, burlarlo y engañarlo, pero no está derrotado. Este es el libro del personaje que sabe continuar, no importa lo que pase; nadie lo ha vencido allí donde es verdaderamente vulnerable: en su afán de defender a Dulcinea, su amor ideal y único talón de Aquiles. (No debe extrañar que en el amor se encuentren la debilidad tanto como la fortaleza de don Quijote, apenas una pequeña paradoja más en este texto que parece escrito sobre la certeza de que la vida es paradójica.) Por lo tanto, conoce contratiempos, pierde algunas batallas, gana otras, pero en el fondo sigue siendo vencedor. Es en el capítulo LXIV (II), cuando

don Quijote halla la mayor pesadumbre de cuantas le han sucedido, pues entonces el de la Blanca Luna lo derriba sin apelaciones, sin encantadores que atenúen el golpe, y lo convierte en otro, el protagonista de un libro diferente: el del Quijote derrotado.

Voy a hablar del segundo de estos libros.

La otra historia

Arranca otra historia aquí pues don Quijote derrotado ha perdido el honor, y él es el primero en reconocerlo y en solicitar al de la Blanca Luna el fatal remedio de su nueva condición: "Aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra" (p. 1047). Don Quijote deshonorado es radicalmente el protagonista de otra historia.

El caballero en adelante llevará guardadas, sus armas, pues ya sin el honor, la principal tiene como echar mano de las otras. Jamás habíamos visto a don Quijote no poder entrar en batalla por carecer del honor necesario.

Arranca aquí otra historia pues don Quijote no es más caballero andante en ejercicio, debido a que no puede pelear como uno de ellos; ha suspendido su profesión, merced a la voluntad del vencedor, y ahora seguimos a quien fue caballero, que ya no. Ha vuelto a la condición de sus primerísimos tiempos, cuando el ventero de burlas no lo había armado caballero, pero ahora no tiene la expectativa de convertirse en uno prontamente: el plazo es de largo año antes de "rehabilitarse".

Arranca otra historia aquí pues don Qui sin honra se encamina hacia la muerte, está ya en la recta final que habrá de conducirlo a tal. Nos lo había advertido Cervantes desde el prólogo de la segunda parte, que don Quijote terminaría muerto si bien después de dilatado bastantes más páginas. terminaría muerto y sepultado, "porque ninguno se atreva a levantarle nuevos testimonios" (p. 546).

Al quitarle el honor queda herido de muerte.

Arranca aquí otra historia: la del que comienza a no ser, la de quien ha perdido lo que es pero aún respira y existe, la de quien debe mirar hacia sí mismo para tratar de hallar en quién se ha convertido ahora que comienza a desaparecer. Encarar a la muerte es la última tarea de la vida y, de algún modo misterioso, es un renacimiento final: este es el tiempo que don Quijote tiene para verse cuando ya no es quien quiso ser; este es el tiempo de mirarse no siendo lo que su voluntad le había señalado sino lo que ese último destino, la muerte, le señala como una sombra en la que habrá de moverse brevemente.

¿Acaso soy algo ahora que no soy caballero?, se pregunta don Quijote, sorprendido ante el hecho de seguir existiendo. Por unos cuantos capítulos (los que le restan antes de volver a ser Alonso Quijano el Bueno), don Quijote ya no es don Quijote ni es Quijano, sino una especie de fantasma entreverado entre ellos.

¿Quién es más bella?

El principio del final tiene un origen estético. El caballero de la Blanca Luna lo ha retado, "...en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso" (p. 1045). Don Quijote, por supuesto, se niega a tal y entra en combate; lo derrotan y después se muere.

De manera que se debe afirmar que en el fondo don Quijote se muere, claro está, porque "las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último término, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento" (p. 1099), pero se puede agregar que la recta final se precipita por la causa de una diferencia estética. ¿Quién es más bella, esa otra? No hay acuerdo, por lo tanto hay batalla, derrota y final. Este habría sobrevenido de cualquier modo, pero el caso es que se dio por un pleito en torno a la belleza.

La belleza es tan importante que s hasta se debe morir por defenderla. Cervantes mismo, empeinado en defender a su Quijote combatiendo al apócrifo, es un

soldado de esta causa. No la comprenden los que la juzgan pasajera; aquellos que ya ven en la hermosa dama de hoy a la anciana decrepita del mañana, o los que creen que Dulcinea "encantada" y "convertida" en tosca campesina ha perdido su belleza. Ello es desconocer que esta es eterna en quien la posea aunque fuere solo un momento; ese momento de certeza de lo bello es mucho más fuerte y rotundo que cualquier otra plenitud. Quien conoce la hermosura, no tiene dudas. El Quijote es un libro atravesado por un enorme desengaño de lo platónico: ya no creemos más que lo que es bello es cierto y es bueno; la verdad y la bondad se han divorciado de lo hermoso. A partir de ahora, la belleza es más preciosa porque permanece sola, como lo único de lo que podemos estar seguros. La verdad nos mirará en adelante desde las máscaras de las muchas opiniones y la bondad se moverá en los relativismos del tiempo y la cultura; ha quedado solamente la belleza ofreciéndose como un bastión incommovible. No digo que la belleza no sea tan volátil como una hoja en el viento; digo que a quien la posee no le hace falta comprobación ulterior. A diferencia de la bondad y verdad, la belleza depende tan solo de sí misma. Es una comprobación dada en el hecho mismo de sentirla. Un acto bueno siempre se podrá poner en tela de juicio (por ejemplo: ¿hizo bien don Quijote al intervenir en el caso de Andrés, lo cual solamente le produjo a este perjuicio?); las verdades parecen destinadas a aguardar hasta convertirse en mentiras (por ejemplo, la bacía deja de ser bacía para convertirse en el yelmo de Mambrino, para después ser baciyelmo y después...). La belleza en cambio no necesita sino que alguien la juzgue como tal: en el momento de ser es, y aunque más tarde se cambie de opinión, no ha dejado de ser plenamente lo que fue: no hay efectos retroactivos que la disipen. Digamos, parafraseando al poeta, que la belleza es eterna mientras dura porque para ser bello algo solo hace falta que alguien lo juzgue así, por un momento siquiera; no les pasa lo mismo a la bondad y la verdad, que necesitan comprobarse más allá de la experiencia subjetiva.

Ahora bien, si todo lo anterior fuera completamente cierto, ¿por qué competir? En este libro, y acaso en la vida también, la belleza alimenta las rivalidades, o hasta se nutre de ellas para existir. Cervantes mismo: ¿no expresa sus dudas acerca del

hijastro de papel cuando con terca frecuencia se pelea con Avellaneda? Cada cual se halla insatisfecho con su experiencia personal de la belleza; exige a los demás que le certifiquen una opinión similar a la suya. Don Quijote desde muy al comienzo de la primera parte recibió su paliza inaugural por parte de mercaderes empeñados en no admitir la suprema belleza de Dulcinea, si no les mostraba él algún retrato, donde de pronto la iban a ver tuerta de un ojo y manando azufre del otro. Esta necesidad de verificación ajena indica inseguridad: se compite entre las bellas, y hasta se pelea para dirimir la competencia, porque en el fondo la hermosura también ha sido tocada por la duda. No importa cuán sublime sea la experiencia personal de la belleza ante la dama; siempre asoma el temor de estar equivocado. De lo contrario, ¿por qué competir, por qué empeñarse en que los demás reafirmen lo que supuestamente ya se sabe de cierto?

De modo que la belleza viene a ser únicamente el reducto último en que se afirma una certeza final que ya se está tornando, como la verdad y la bondad, en territorio dudoso. En este pasaje quedarían claros dos asuntos: uno, que la "prueba" de una belleza mayor no es tal, puesto que vencer o ser vencido por parte de don Quijote o del de la Blanca Luna no tiene implicación ni directa ni indirecta en la belleza propiamente dicha de las damas en cuestión; dos, que la belleza solo se encuentra en el decir, que no en el ser de la hermosura: la innominada dama del de la Blanca Luna ni siquiera es máscara; aun así, será de ella en adelante de quien se proclamará belleza suprema. Pero nos movemos en el terreno de las hesitaciones: estos dos asuntos no están del todo claros porque al final del duelo, tendido en la tierra, don Quijote afirma: "Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad "(p.1047); el de la Blanca Luna no insiste en declarar a su dama más hermosa.

Antes del fin: los demás no se han enterado

El propio visorrey ha presenciado el duelo de don Quijote y el de la Blanca Luna y , aunque lleno de curiosidad , no ha dejado de creer que no fuese sino una burla más. Otra chanza, sin ninguna relevancia, como las tantas que se le han hecho al

bufón loco que creen muchos, don Quijote es o, más aún (peor aún), debe ser. Apenas terminada la batalla, corre Antonio Moreno a averiguar la identidad del de la Blanca Luna; el bachiller Sansón Carrasco se revela ante él y le expone su plan de vencer a don Quijote para hacerlo verlo volver a su casa, donde hallará el reposo necesario para recobrar la cordura. Y Antonio Moreno, como el visorrey, como los duques, como tantos otros, no tiene empacho en reclamar airadamente que así se ha perdido un bufón: "¡Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él! ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de don Quijote a lo que llega el gusto que da con sus desvaríos?" (p. 1049). Para muchos, don Quijote no es más que un payaso puesto a su servicio, y a todos estos se les escapa la importancia de esta batalla perdida. Si saben de ella, la pasan por alto; los más, ni se enteran Antonio Moreno, con recibir la información de primera mano, alberga la esperanza de "ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco" (p. 1050). Esta es la gente que no ha comprendido al Quijote: aquellos que no ponderan lo que puede ser para él la deshonra, antesala de su muerte. Seguirán alegremente queriendo incluirlo en nuevas chanzas, que -cuando se es duque y duquesa-pueden retomarse con extremos detalle y dedicación. Como si nada hubiera pasado.

Con algunas diferencias, pero sin desviarse de la incompreensión de fondo, han procedido el cura, el barbero y el bachiller. Ellos creen-si no los juzgamos decididamente malintencionados-que don Quijote requiere volver y descansar para curarse. y no sopesan que hacerlo perder la honra para tal es hacerlo perder la vida. En su mediocridad, estos personajes no son capaces de entender a don Quijote, incapaz de vivir si no es un caballero completo. Casi pensamos mejor de estas medianías de personajes si los concebimos movidos por el rencor, pero este solo parece el caso de Carrasco.

Los cerdos cerdos son.

Se ha perdido el poder de don Quijote para sobrellevar las embestidas. Antaño, cuando lo cercaron y pisotearon manadas de animales, solamente le hizo falta

declarar que los envidiosos encantadores habían transmutado en bestias a los ejércitos que él enfrentaba. Ahora, seiscientos cerdos lo envuelven en su inmundicia y don Quijote dice: “Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es que a un caballero andante vencido le coman adivas y le piquen avispas y le hollen puercos” (p. 1066).

Su imaginación no le sirve más para convocar a los encantadores, que solían cargar con la responsabilidad de las batallas perdidas. No hay espacio para encantamientos; por lo tanto, el encanto se resquebraja también.

Don Quijote asume ahora una que antes no era suya. La humillación, hija de la malevolencia de hechiceros, en adelante la manda el cielo, como justa penitencia. Resignación es la respuesta de don Quijote, ante una conducta divina que al final se diferencia muy poco de las bajezas de los encantadores. A estos los mueve la envidia: a Dios, el afán de castigo. Para el caso, el resultado es el mismo: animales infames que se revuelcan en las narices de Sancho y Quijote.

Curiosa fe, muy curiosa, esta que agacha la cabeza cuando la humillación viene de Dios, sin chistar ante lo que, si de otra mano viniere, se juzgaría inaceptable, y peor que eso, se juzgaría ruin e hijo de la envidia. La mano de Dios no es muy distinta, a la hora de hacer daño, de la los malandrines. Sin llegar a la violencia de una herejía, es Sancho quien percibe deficiencias en la "justicia divina", al menos en lo que a él mismo compete: "También debe de a ser castigo del cielo - respondió Sancho-que a los escuderos de los caballeros vencidos los pune moscas, los coman piojos y les embista el hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros a quien servimos, o parientes suyos muy cercanos no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación; pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes?" (p. 1067). Al fin que Sancho percibe su destino más movido por el azar que por providencia divina: “Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, ahora que soy escudero de a pie no estoy triste, porque he oído decir que esta que llaman Fortuna es una mujer borracha y antojadiza, y

sobre todo ciega, y, así, no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba ni a quién ensalza” (p. 1054).

Las prisas de Cide Hamete

Pobre Cide Hamete Benengeli: no le da tregua don Quijote, quien apenas duerme. El sueño, que nunca fue abundante en el caballero, desde que lo derrotaron es todavía menor, lo que obliga al autor a velar con él, para no perder detalle de la historia.

Al cabo, don Quijote no puede evitar dormirse, pero no consigue hacer lo mismo el moro, que debe ponerse al día con lo que le falta por narrar: "Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor de esta grande historia, qué les movió a los duques a levantar el edificio de la máquina referida" (p. 1076). Más cansada parece hora la escritura que la vida de don Quijote: hay que explicar lo que el caballero no ve, y no hay espacio para hacerlo sino cuando este duerme. (¿En verdad lo hace? Después se dirá que velaba "a pensamientos desatados "(1077). No solo eso: hay que dar opiniones, que aunque no sean frecuentes, son importantes, acerca de lo narrado, y aquí lo hace el minucioso autor, aprovechando el sueño ajeno: "Y dice más Cide Hamete: que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos, úes tanto ahínco ponían en burlarse de dos tontos"(p.1077).

La debacle de don Quijote se manifiesta por otra parte: el propio Cide Hamete lo equipara a los duques en locura, y peor aún, en estulticia. El caballero es un tonto y con Sancho hace dos tontos.

El autor vive al mismo tiempo que los personajes; es un fantasma que está dentro del mundo narrado y fuera de este a la vez; es un ojo que ve sin ser visto, el que hasta este momento ha sido un guiño risueño de Cervantes, que ahora también parece agotado en seguir a quien juzga, sin más, producto de la estupidez. Cide Hamete ya no tiene paciencia hacia el caballero ni hacia quienes se burlan de él;

el guiño ya no existe y más bien hay una mueca de repugnancia ante los que crean ese material que obliga a seguir narrando, como si nada importante hubiera ocurrido con la derrota del caballero. Esto se acabó; lo sabe Cide Hamete, pero los tercios duques no se dan por enterados.

Quisiera el autor que lo dejaran dormir; hora es ya, aunque bien se sepa que el sueño "se parece a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia" (p. 1065).

Para un autor, el silencio equivale a la muerte cuando es definitivo; si pasajero, el silencio es como el sueño. Poco se distinguen: nunca sabe nadie cuál será su silencio definitivo, después de cuál libro se acabará permanentemente su deseo de hablar. Cada autor escribe siempre la que podría ser su última línea.

Cide Hamete está cansado. Quisiera el autor que lo dejaran callar.

De la verdad a ellos había bien poca diferencia

No lo dejan. Cide Hamete deberá seguir narrando por la culpa de los duques, responsables en adelante de casi todo lo que ocurre. Estos no escatiman en esfuerzos para divertirse, y aunque el moro los censura agriamente, no tiene más remedio que seguir contando las andanzas ahora más absurdas que nunca. Con tanto afán, los artificios con que pretenden engañar a don Quijote y Sancho ganan al punto que "de la verdad a ellos había bien poca diferencia" (p. 1077).

La naturaleza del sueño es recurrente: así como este, una muerte falsa, se parece tanto a la verdadera que casi lo es en verdad, así es el mundo en general: sus mentiras se mueven muy cerca de la verdad.

Pero llega el momento en que la verdad se asoma, casi sin que sintamos la diferencia que la distingue: se acaba ya el tiempo de soñar, y comienza el de morir. Esa poca diferencia entre la mentira y la verdad torna la aparición de esta una suave revelación, una presencia velada: como es casi igual al engaño, la verdad no se anuncia, clara y distinta, ni se separa, rotunda y deslumbrante.

Entrevista, quizás no descubierta, ya la sabe palpar Cide Hamete, pero no así los demás: por muchas páginas de nuevas chanzas, se juega a continuar la mentira

en los dominios de los duques, y entre broma y broma la verdad se asoma: don Quijote está derrotado. Ya pronto no habrá cómo continuar burlando lo único que en el fondo queremos burlar: la muerte.

Los diablos y el apócrifo

La última burla a la muerte que Cervantes todavía pretende es la de la posteridad. Hay espacio para proponer una burla postrera: don Quijote habrá de sobrevivir en la pluma cervantina y no en la del apócrifo, que en medio de las mentiras de los duques aparece una vez más, en la boca de Altisidora:

yo no debí morir del todo, pues no entré al infierno [...] La verdad es que llegué a la puerta, adonde estaban jugando una docena de diablos a la pelota [...] y lo que más me admiró fue que les servían, en lugar de pelotas, libros, al parecer llenos de viento borra (...) y al primer voleo no quedaba pelota en pie de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos [...] A uno de ellos, nuevo flamante y bien encuadernado, le dieron un papiro taza, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo al otro: "Mirad qué libro es ese". Y el diablo le respondió: "Esta es la Segunda Parte de la historia de don Quijote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas". "Quitádmelo de ahí –respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, que no lo vean más mis ojos". "¿Tan malo es? respondió el otro". "Tan malo -replicó el primero– que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerle peor, no acertara" (p. 1079).

El apócrifo se destina a las profundidades del infierno: es una broma más (ojo a quien la dice), aquella que pretende vencer a la nadería de la existencia con la literatura. Cervantes a la gloria; Avellaneda a los infiernos. Como si la posteridad pudiese eludir ella misma la muerte y distinguir entre el sueño y esta; como si la humanidad no fuese un proyecto destinado a soñarse y extinguirse. Todo lo que existe se tornará en cenizas; el infierno es la mejor metáfora para el destino que nos aguarda.

Ya se ve que ni el propio Cervantes es capaz de sopesar todavía lo que implica la derrota: cree que es posible ganarle a Avellaneda, como si este fuera el enemigo por vencer: pero se trata ahora de vencer a quien no se deja burlar.

El sueño de sobreponerse a la nada ilusiona al poeta, que aquí canta el tema de la muerte que al ofrecerse por fin alegra y torna a dar de nuevo vida: "voy corriendo a la muerte / [...] mas en llegando al paso / que es puerto en este mar de mi tormento, 7 tanta alegría siento, / que la vida se esfuerza, y no le paso" (p. 1067).

La muerte ya está ahí, pero no se llega a ella sin contratiempos: las últimas ilusiones se debaten entre la vida y la muerte, el aliento se recupera para soñar los últimos sueños.

Las batallas tardías

Hacia el final, las batallas no pueden darlas don Quijote. Se empeña en seguir dándolas Cervantes: todo el episodio en que interviene don Álvaro Tarfe, y en el cual Sancho y don Quijote ponen el empeño de hacerlo declarar ante alcalde y por escrito que el don Quijote de cuerpo presente no es ese que anda ahí en la pluma de Avellaneda, no es sino la manifestación de la terquedad de Cervantes.

Quiere Cervantes dejar tendido, derrotado, a Avellaneda. Acaso con su empeño no haga más que darle nuevos aires; cada vez que olvidamos al apócrifo, Cervantes nos lo recuerda.

No está dispuesto a dejar de pelear Cervantes, ahora que el caballero no lo puede hacer. Como un duque de la pluma, insiste en no darse por enterado de que el final es inminente, pese a que su insistencia la provoca el saber que viene el final, y teme no darle la estocada mortal a Avellaneda.

Cabe preguntarse: ¿Hasta qué punto no es un estorbo inútil esta historia con Álvaro Tarfe cuando resulta que el caballero ya está tocado de muerte? ¿Hasta qué punto esta continuación de las batallas de don Quijote no demuestra una incomprensión del propio Cervantes acerca de lo que va no tiene remedio? Creo que Cide Hamete ha sido más lúcido que Cervantes (o, al menos, lo ha sido antes), porque el moro no conoció el apócrifo y esta ansiedad de pelear para establecer cuál libro es mejor no le nubló la vista.

El mayor juicio del derrotado

"Apeáronse en un mesón, que por tal le reconoció don Quijote, y no por castillo de cava honda. torres, rastrillos y puente levadizo, que después que le vencieron con más juicio en todas las cosas discurría, como ahora se dirá" (p. 1087).

Pero lo que dice ahora, ahora mismo, no demuestra demasiado juicio: pretende don Quijote, al ver una mala pintura, que él podría haber evitado la guerra de Troya, pues "...con solo que yo matara a Paris se excusaran tantas desgracias" (p. 1087). Y luego vuelve a arremeter contra el apócrifo, acusándolo de improvisación, como si Cervantes no fuese un (magistral) improvisador. Para terminar con la demanda a Sancho para que este continúe con los azotes y desencante a Dulcinea. Puros desvaríos.

Si la locura de don Quijote ha consistido en confundir ficción y realidad, ahora mismo parece más loco que nunca. Sin embargo, su juicio se está recobrando, de un modo que todavía el caballero no termina de incorporar en sus opiniones, tan dementes como siempre de momento. La cordura ya se asoma, tímida, en la imagen de un mesón que no es castillo. Los primeros pasos del juicio que se está recuperando solo alcanzan para abrir los ojos hacia una humilde posada: después de todo, también había el Quijote comenzado a enloquecer tomando las ventas por castillos.

Incluso el propio Quijote abre los ojos lentamente a su derrota.

El entusiasmo pastoril

Quedan más libros: los de pastores, y están llenos de nombres: "porque les tenía puestos los nombres, que les vendrían como de molde. Díjole el cura que los dijese. Respondió don Quijote que él se había de llamar el pastor Quijótiz; y el bachiller, el pastor Carrascón; y el cura, el pastor Curiambro; y Sancho Panza, el pastor Pancino" (p. 1096). Esto es lo principal: tener palabras para llamar a los libros.

No durará demasiado este nuevo entusiasmo libresco. Como suele ocurrir, las agonías se ven interrumpidas por breves recuperaciones; la muerte se detiene

antes del último zarpazo: parece perdonar, permite una ilusión más. (Muchas veces, llaman a los parientes del enfermo grave y les dicen:

Se ha mejorado; sabe el buen médico que ser mala señal...)

Le tocó en suerte a la ilusión de ser pastores el ser la última. He aquí la tragedia de la ignorancia humana: nadie puede saber cuál será ese libro de pastores que habrá de marcar la línea tras ya no va más.

El último acto heroico

La sorpresa sorprende: "llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba" (p. 1099). Sorprende que don Quijote no viera acercarse su fin, cuando ya se sabía sin honor y derrotado desde hacía algún rato. Sorprende que su tristeza no le anunciara ese final como posibilidad inminente: después de todo, él mismo había pedido al de la Blanca Luna que le quitara la vida.

Acaso tiene razón Octavio Paz y la muerte siempre es una sorpresa, por mucho que se la pueda tener por anunciada. Para el lector, en todo caso no hay mayor novedad: Cervantes había anunciado su intención de dejar muerto al caballero desde el prólogo; un capítulo final solo puede tratar de la muerte, y su título no deja lugar a dudas. Pero para el personaje, la sorpresa agrega un mérito: la valentía de don Quijote no ha podido prepararse, no es el resultado de un proceso que acaso comenzó con otra actitud: se da porque preexiste al enfrentamiento con la muerte; se da porque continúa, existía desde siempre.

La causa del agravamiento no está tan clara, en este libro lleno de dudas: melancolía de verse vencido, tal vez, o mera disposición del cielo, quizás. Don Quijote morirá como cristiano, pero el narrador aquí no procede sino como agnóstico: no se sabe si interviene la plena voluntad divina o más bien debe atribuirse la muerte a la corrupción de la voluntad humana, afectada por la melancolía, que hoy llamaríamos depresión. En todo caso, la causa profunda queda en la sombra, mientras las calenturas resultantes lo tumban en una cama. Nunca habíamos visto a don Quijote caer y no poder levantarse hasta que lo derriba su propio cuerpo.

Ahora el cura, el barbero y el bachiller toman la fácil salida de, en lugar de culparse solamente a sí mismos por haber planeado y ejecutado la derrota de don Quijote, involucrar a Sancho. Pero, ciertamente, el desencanto de Dulcinea casi se había concretado en los azotes de Sancho (al menos, eso creía don Quijote); en cambio, la derrota era inamovible por un año entero. La culpa es demasiado grande como para no intentar negarla, sobre todo por aquellos que únicamente se disfrazaban de héroes.

El médico que viene a verlo no le oculta su gravedad; don Quijote no flaquea. Esta valentía con que enfrenta la rotundidad del dictamen que lo juzga en trance de muerte viene a ser el último acto heroico de don Quijote. Ecuanimidad ante la muerte, el coraje postrero que no pierde fuerza ni siquiera cuando Sancho, el ama y la sobrina "comenzaron a llorar tiernamente, como si ya lo tuvieran muerto delante" (p. 1099). Y los que tanto buscaron curar a don Quijote, ahora lo lamentan y tratan en vano de dar marcha atrás:

Éstos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenía de aquella suerte. por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase, para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanazaro había compuesto, y que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado: el uno llamado Barcino, y el otro Butrón, que se los había vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba don Quijote sus tristezas (p. 1099).

Un sueño perdido en un sueño

Después, don Quijote se duerme y ya no despierta. Es lo que prevén ama y sobrina: "que se había de quedar en el sueño" (p. 1100), y así es, porque quien despierta ya no es don Quijote, sino Alonso Quijano el Bueno. Don Quijote murió en el sueño; se extravió en él. Era un sueño desde el principio y por ello acabó dentro de uno. El misterio de su desaparición quedará oculto en las seis horas que, dormidas de un tirón, no se narran. Este territorio del enigma onírico no lo podemos visitar; ni siquiera aprovecha el rato Cide Hamete, como hiciera antes,

para contarnos algo más. Esta vez ay que hacer silencio mientras el sueño se traga al sueño de don Quijote.

Las sombras del ocaso

Se esfuerza el escudero en continuar hablando con don Quijote. "Tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más, sin que nadie le mate ni le acaben otras manos que las de la melancolía" (p. 1102), le ruega, como si la muerte fuese una elección a la que podamos rehusarnos. Quien tantas veces supo que su amo estaba loco, ahora le previene de cometer locura, y paradójicamente lo incita a levantarse de la cama para enrolarse en la chifladura pastoril. De Sancho se pueden decir muchas cosas buenas, pero no que

sea coherente.

Solo que a quien Sancho se dirige no es ya don Quijote, es Alonso Quijano. Don Quijote se quedó en el sueño. Al propio autor se le escapa esta rotunda diferencia, cuando aquí mismo dice "en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha" (p. 1102), como si don Quijote fuese siempre él, en lo profundo, aunque además fuese alguien más; como si fuese posible un desdoblamiento por el cual se puede seguir llamando, hasta el final del libro, don Quijote a quien ya no es este.

Sancho es el último en comprender la otra historia, la de don Quijote derrotado. Cide Hamete acaso es el primero en hacerlo; algunos, como los duques no lo harán jamás; Cervantes mismo, obnubila por su pleito con Avellaneda, es de los último darse cuenta de que don Quijote es otro desde que lo derrotaron. Estas páginas de don Quijote vencido son las páginas del descubrimiento velado y moroso de una verdad que se decía a gritos: el caballero sin honor no es caballero; el caballero sin honor no puede continuar. La inercia del cuerpo lo ha llevado a las necedades que sobre él ponen los duques y hasta el propio ego herido de Cervantes; un último suspiro de vida lo ilusionó con hacerse pastor. Pero las cartas están echadas: ¿Quién soy ahora que no soy un caballero? La pregunta

ya tiene respuesta: soy el muerto, la sombra del que fue, que solo tarda un poco más en extinguirse.

Si la muerte siempre sorprende, es porque nos esforzamos en negarla. Mientras hay vida, hay esperanza; corrijamos con el Quijote: mientras hay vida, hay ilusiones. Desprenderse de estas, aunque las evidencias de que ya no resisten sean claras, no es fácil. La otra historia, la del Quijote derrotado, es la crónica de cómo el proceso final de la vida es, no digamos que lento, pero proceso al fin: nada de rupturas abruptas; más bien un paso tras otro paso, tras otro paso, hasta aceptar que somos la penumbra.

No somos ya lo que nuestra voluntad quiso, pero tampoco hemos dejado de ser. En el ocaso, nuestra vida aún no se extingue en la noche. Nos vemos hechos ya sombras, pálidas copias de las ilusiones que un día logramos ver robustas. La valentía puede ser entonces la última luz que nos queda, en medio de una tristeza insuperable.

La paradoja de la otra historia, la del Quijote derrotado, es que hace ver a la primera historia, la del Quijote vencedor, como la de una plenitud en la ilusión. Los episodios ahora narrados aparecen como fantoches, aleteos inútiles y hasta molestos de quienes no saben que todo ha terminado. No pasaba así antes del capítulo LXIV (II): el Quijote vencedor era ilusión de plenitud; el Quijote derrotado es ilusión sin plenitud.

Ilusiones las dos, la diferencia es de un mundo a otro; la plenitud, aunque sea ilusoria, funciona como tal en la batalla. Sin ella, no hay batalla para dar: únicamente esperar a que la noche se trague la sombra en que nos hemos convertido. La diferencia es del día a la noche; corrijamos: del día al ocaso. La ilusión luminosa es sustituida por el proceso en que se van apagando los colores.

Alonso Quijano el Bueno

Rigurosamente, el ensayo está concluido aquí. Queda Alonso Quijano, quien solo alcanza a renegar de todo lo que en este libro nos ha parecido valioso: escucharlo comprensivamente, como se debe escuchar a los agonizantes, no tiene por qué

implicar que le concedamos razón a su postrera adhesión a la causa del cura y el barbero.

Borges advierte, en el "Análisis del último capítulo del Quijote", de una superstición escocesa que quiere que a los moribundos los visita en el final la locura, y dice que a don Quijote le ocurre lo contrario. Yo discrepo: tiene razón el mito, y Alonso Quijano es el loco, pues se arrepiente de lo que ha sido su oportunidad de encontrarse con la plenitud sin el Quijote y sin Cide Hamete, todos seríamos más desdichados. Yo comprendo que el peso de la decepción inevitable lo haga hablar de esa manera.

El libro, lleno de paradojas, nos ofrece esta última: Alonso Quijano está en su derecho de arrepentirse y renegar, y no se equivoca. La agonía tiene que ser un "para qué viví" sin respuesta, porque efectivamente la vida carece de objetivo cuando se está en trance de terminarla. Pero antes de llegar a ese trance, la ilusión nos permite conocer la plenitud, y este conocimiento es tan hondo que no lo abandonaremos con facilidad. Es necesario ilusionarse para después arrepentirse con razón. Si don Quijote se hubiese negado a ser, entonces el arrepentimiento de Alonso Quijano no tendría ningún sentido. La paradoja es que la vida adquiere su sentido al empeñarse en vivirla para poder arrepentirse de haberla vivido, porque finalmente no tiene sentido.

Gabriel García Márquez, Yo no vengo a decir un discurso: Cómo comencé a escribir

Caracas, Venezuela, 3 de mayo de 1970

Primero que todo, perdónenme que hable sentado, pero la verdad es que si me levanto corro el riesgo de caerme de miedo. De veras. Yo siempre creí que los cinco minutos más terribles de mi vida me tocaría pasarlos en un avión y delante de veinte a treinta personas, no delante de doscientos amigos como ahora. Afortunadamente, lo que me sucede en este momento me permite empezar a

hablar de mi literatura, y a que estaba pensando que yo comencé a ser escritor en la misma forma que me subí a este estrado: a la fuerza. Confieso que hice todo lo posible por no asistir a esta asamblea: traté de enfermarme, busqué que me diera una pulmonía, fui a donde el peluquero con la esperanza de que me degollara y, por último, se me ocurrió la idea de venir sin saco y sin corbata para que no me permitieran entrar en una reunión tan formal como ésta, pero olvidaba que estaba en Venezuela, en donde a todas partes se puede ir en camisa. Resultado: que aquí estoy y no sé por dónde empezar. Pero les puedo contar, por ejemplo, cómo comencé a escribir.

A mí nunca se me había ocurrido que pudiera ser escritor pero, en mis tiempos de estudiante, Eduardo Zalamea Borda, director del suplemento literario de *El Espectador* de Bogotá, publicó una nota donde decía que las nuevas generaciones de escritores no ofrecían nada, que no se veía por ninguna parte un nuevo cuentista ni un nuevo novelista. Y concluía afirmando que a él se le reprochaba porque en su periódico no publicaba sino firmas muy conocidas de escritores viejos, y nada de jóvenes en cambio, cuando la verdad —dijo— es que no hay jóvenes que escriban.

A mí me salió entonces un sentimiento de solidaridad para con mis compañeros de generación y resolví escribir un cuento, nomás por teparle la boca a Eduardo Zalamea Borda, que era mi gran amigo, o al menos que después llegó a ser mi gran amigo. Me senté y escribí el cuento, lo mandé a *El Espectador*. El segundo susto lo obtuve el domingo siguiente cuando abrí el periódico y a toda página estaba mi cuento con una nota donde Eduardo Zalamea Borda reconocía que se había equivocado, porque evidentemente con « ese cuento surgía el genio de la literatura colombiana » o algo parecido.

Esta vez sí que me enfermé y me dije: « ¡En qué lío me he metido! ¿Y ahora qué hago para no hacer quedar mal a Eduardo Zalamea Borda? ». Seguir escribiendo, era la respuesta. Siempre tenía frente a mí el problema de los temas: estaba obligado a buscarme el cuento para poderlo escribir.

Y esto me permite decirles una cosa que compruebo ahora, después de haber publicado cinco libros: el oficio de escritor es tal vez el único que se hace más

difícil a medida que más se practica. La facilidad con que yo me senté a escribir aquel cuento una tarde no puede compararse con el trabajo que me cuesta ahora escribir una página. En cuanto a mi método de trabajo, es bastante coherente con esto que les estoy diciendo. Nunca sé cuánto voy a poder escribir ni qué voy a escribir. Espero que se me ocurra algo y, cuando se me ocurre una idea que juzgo buena para escribirla, me pongo a darle vueltas en la cabeza y dejo que se vaya a madurando. Cuando la tengo terminada (y a veces pasan muchos años, como en el caso de *Cien años de soledad*, que pasé diecinueve años pensándola), cuando la tengo terminada, repito, entonces me siento a escribirla y ahí empieza la parte más difícil y la que más me aburre. Porque lo más delicioso de la historia es concebirla, ir la redondeando, dándole vueltas y revueltas, de manera que a la hora de sentarse a escribirla y a no le interesa a uno mucho, o al menos a mí no me interesa mucho; la idea que le da vueltas.

Les voy a contar, por ejemplo, la idea que me está dando vueltas en la cabeza hace ya a varios años y sospecho que la tengo ya bastante redonda. Se las cuento ahora, porque seguramente cuando la escriba, no sé cuándo, ustedes la van a encontrar completamente distinta y podrán observar en qué forma evolucionó. Imagínense un pueblo muy pequeño donde hay una señora vieja que tiene dos hijos, uno de diecisiete y una hija menor de catorce. Está sirviéndoles el desayuno a sus hijos y se le advierte una expresión muy preocupada. Los hijos le preguntan qué le pasa y ella responde: « No sé, pero he amanecido con el pensamiento de que algo muy grave va a suceder en este pueblo » .

Ellos se ríen de ella, dicen que ésos son presentimientos de vieja, cosas que pasan. El hijo se va a jugar billar, y en el momento en que va a tirar una carambola sencillísima, el adversario le dice: « Te apuesto un peso a que no la haces » . Todos se ríen, él se ríe, tira la carambola y no la hace. Paga un peso y le preguntan: « ¿Pero qué pasó, si era una carambola tan sencilla? » . Dice: « Es cierto, pero me ha quedado la preocupación de una cosa que me dijo mi mamá esta mañana sobre algo grave que va a suceder en este pueblo » . Todos se ríen de él y el que se ha ganado el peso regresa a su casa, donde está su mamá y una prima o una nieta o en fin, cualquier parienta. Feliz con su peso dice: «Le gané

este peso a Dámaso en la forma más sencilla, porque es un tonto». «¿Y por qué es un tonto?». Dice: «Hombre, porque no pudo hacer una carambola sencillísima estorbado por la preocupación de que su mamá amaneció hoy con la idea de que algo muy grave va a suceder en este pueblo».

Entonces le dice la mamá: «No te burles de los presentimientos de los viejos, porque a veces salen». La parienta lo oye y va a comprar carne. Ella dice al carnicero: «Véndame una libra de carne» y, en el momento en que está cortando, agrega: «Mejor véndame dos porque andan diciendo que algo grave va a pasar y lo mejor es estar preparado». El carnicero despacha su carne y cuando llega otra señora a comprar una libra de carne, le dice: «Lleve dos porque hasta aquí llega la gente diciendo que algo muy grave va a pasar, y se está preparando, y andan comprando cosas».

Entonces la vieja responde: «Tengo varios hijos; mire, mejor deme cuatro libras». Se lleva cuatro libras y para no hacer largo el cuento, diré que el carnicero en media hora agota la carne, mata otra vaca, se vende toda y se va esparciendo el rumor. Llega el momento en que todo el mundo en el pueblo está esperando que pase algo. Se paralizan las actividades y de pronto, a las dos de la tarde, hace calor como siempre. Alguien dice: «¿Se han dado cuenta del calor que está haciendo?». «Pero si en este pueblo siempre ha hecho calor». Tanto calor que es un pueblo donde todos los músicos tenían instrumentos remendados con brea y tocaban siempre a la sombra porque si tocaban al sol se les caían a pedazos. «Sin embargo —dice uno—, nunca a esta hora ha hecho tanto calor».

«Pero a las dos de la tarde es cuando hay más calor». «Sí, pero no tanto calor como ahora». Al pueblo desierto, a la plaza desierta, baja de pronto un pajarito y se corre la voz: «Hay un pajarito en la plaza». Y viene todo el mundo espantado a ver el pajarito.

«Pero, señores, siempre ha habido pajaritos que bajan». «Sí, pero nunca a esta hora». Llega un momento de tal tensión para los habitantes del pueblo que todos están desesperados por irse y no tienen el valor de hacerlo. «Yo sí soy muy macho —grita uno—, yo me voy». Agarra sus muebles, sus hijos, sus animales, los mete en una carreta y atraviesa la calle central donde está el pobre pueblo

viéndolo. Hasta el momento en que dicen: «Si éste se atreve a irse, pues nosotros también nos vamos», y empiezan a dismantelar literalmente al pueblo. Se llevan las cosas, los animales, todo. Y uno de los últimos que abandona el pueblo dice: «Que no venga la desgracia a caer sobre todo lo que queda de nuestra casa» y entonces incendia la casa y otros incendian otras casas. Huy en un tremendo y verdadero pánico, como en éxodo de guerra, y en medio de ellos va la señora que tuvo el presagio clamando: «Yo lo dije, que algo muy grave iba a pasar y me dijeron que estaba loca».

Drama

Pedro Calderón de la Barca, La vida es sueño

Personajes

ROSAURA, dama

SEGISMUNDO, príncipe

CLOTALDO, viejo

ESTRELLA, infanta

CLARÍN, gracioso

BASILIO, rey de Polonia

ASTOLFO, infante

GUARDIAS

SOLDADOS

MÚSICOS

Acto I

PRIMER ACTO

(En las montañas de Polonia)

Salen en lo alto de un monte ROSAURA, en hábito de hombre, de camino, y en representado los primeros versos va bajando

ROSAURA: Hipogrifo violento que corriste parejas con el viento, ¿dónde, rayo sin llama, pájaro sin matiz, pez sin escama, y bruto sin instinto natural, al confuso laberinto de esas desnudas peñas te desbocas, te arrastras y despeñas?

Quédate en este monte, donde tengan los brutos su Faetonte; que yo, sin más camino que el que me dan las leyes del destino, ciega y desesperada bajaré la cabeza enmarañada de este monte eminente, que arruga al sol el ceño de su frente.

Mal, Polonia, recibes a un extranjero, pues con sangre escribes su entrada en tus arenas, y apenas llega, cuando llega a penas; bien mi suerte lo dice; mas ¿dónde halló piedad un infelice?

Sale CLARÍN, gracioso

CLARÍN: Di dos, y no me dejes en la posada a mí cuando te quejes; que si dos hemos sido los que de nuestra patria hemos salido a probar aventuras, dos los que entre desdichas y locuras aquí habemos llegado, y dos los que del monte hemos rodado, ¿no es razón que yo sienta meterme en el pesar, y no en la cuenta?

ROSAURA: No quise darte parte en mis quejas, Clarín, por no quitarte, llorando tu desvelo, el derecho que tienes al consuelo.

Que tanto gusto había en quejarse, un filósofo decía, que, a trueco de quejarse, habían las desdichas de buscarse.

CLARÍN: El filósofo era un borracho barbón; ¡oh, quién le diera más de mil bofetadas! Quejárase después de muy bien dadas. Mas ¿qué haremos, señora, a pie, solos, perdidos y a esta hora en un desierto monte, cuando se parte el sol a otro horizonte?

ROSAURA: ¡Quién ha visto sucesos tan extraños! Mas si la vista no padece engaños que hace la fantasía, a la medrosa luz que aun tiene el día, me parece que veo un edificio.

CLARÍN: O miente mi deseo, o termino las señas.

ROSAURA: Rústico nace entre desnudas peñas un palacio tan breve que el sol apenas a mirar se atreve; con tan rudo artificio la arquitectura está de su edificio, que parece, a las plantas de tantas rocas y de peñas tantas que al sol tocan la lumbre, peñasco que ha rodado de la cumbre.

CLARÍN: Vámonos acercando; que éste es mucho mirar, señora, cuando es mejor que la gente que habita en ella, generosamente nos admita.

ROSAURA: La puerta -mejor diré funesta boca- abierta está, y desde su centro nace la noche, pues la engendra dentro. Suena ruido de cadenas

CLARÍN: ¿Qué es lo que escucho, cielo!

ROSAURA: Inmóvil bulto soy de fuego y hielo.

CLARÍN: ¿Cadenita hay que suena? Mátenme, si no es galeote en pena. Bien mi temor lo dice.

Dentro SEGISMUNDO

SEGISMUNDO: ¡Ay, mísero de mí, y ay infelice!

ROSAURA: ¡Qué triste vos escucho! Con nuevas penas y tormentos lucho.

CLARÍN: Yo con nuevos temores.

ROSAURA: Clarín...

CLARÍN: ¿Señora...?

ROSAURA: Huyamos los rigores de esta encantada torre.

CLARÍN: Yo aún no tengo ánimo de huír, cuando a eso vengo.

ROSAURA: ¿No es breve luz aquella caduca exhalación, pálida estrella, que en trémulos desmayos pulsando ardores y latiendo rayos, hace más tenebrosa la obscura habitación con luz dudosa?

Sí, pues a sus reflejos puedo determinar, aunque de lejos, una prisión obscura; que es de un vivo cadáver sepultura; y porque más me asombre, en el traje de fiera yace un hombre de prisiones cargado y sólo de la luz acompañado. Pues huír no podemos, desde aquí sus desdichas escuchemos. Sepamos lo que dice.

Descúbrese SEGISMUNDO con una cadena y la luz vestido de pieles

SEGISMUNDO: ¡Ay mísero de mí, y ay infelice! Apurar, cielos, pretendo, ya que me tratáis así, qué delito cometí contra vosotros naciendo.

Aunque si nací, ya entiendo qué delito he cometido; bastante causa ha tenido vuestra justicia y rigor, pues el delito mayor del hombre es haber nacido.

Sólo quisiera saber para apurar mis desvelos -dejando a una parte, cielos, el delito del nacer-, ¿qué más os pude ofender, para castigarme más? ¿No nacieron los demás?

Pues si los demás nacieron, ¿qué privilegios tuvieron que no yo gocé jamás? Nace el ave, y con las galas que le dan belleza suma, apenas es flor de pluma, o ramillete con alas, cuando las etéreas salas corta con velocidad, negándose a la piedad del nido que dejan en calma; ¿y teniendo yo más alma, tengo menos libertad?

Nace el bruto, y con la piel que dibujan manchas bellas, apenas signo es de estrellas -gracias al docto pincel-, cuando, atrevido y cruel, la humana necesidad le enseña a tener crueldad, monstruo de su laberinto; ¿y yo, con mejor instinto, tengo menos libertad?

Nace el pez, que no respira, aborto de ovas y lamas, y apenas bajel de escamas sobre las ondas se mira, cuando a todas partes gira, midiendo la inmensidad de tanta capacidad como le da el centro frío; ¿y yo, con más albedrío, tengo menos libertad?

Nace el arroyo, culebra que entre flores se desata, y apenas sierpe de plata, entre las flores se quiebra, cuando músico celebra de las flores la piedad que le dan la majestad del campo abierto a su huída; ¿y teniendo yo más vida, tengo menos libertad?

En llegando a esta pasión, un volcán, un Etna hecho, quisiera sacar del pecho pedazos del corazón.

¿Qué ley, justicia o razón negar a los hombres sabe privilegios tan suave excepción tan principal, que Dios le ha dado a un cristal, a un pez, a un bruto y a un ave?

ROSAURA: Temor y piedad en mí sus razones han causado.

SEGISMUNDO: ¿Quién mis voces ha escuchado? ¿Es Clotaldo?

CLARÍN: Di que sí.

ROSAURA: No es sino un triste, ¡ay de mí!, que en estas bóvedas frías oyó tus melancolías.

SEGISMUNDO: Pues la muerte te daré porque no sepas que sé que sabes flaquezas mías.

Sólo porque me has oído, entre mis membrudos brazos te tengo de hacer pedazos.

CLARÍN: Yo soy sordo, y no he podido escucharte.

ROSAURA: Si has nacido humano, baste el postrarme a tus pies para librarme.

SEGISMUNDO: Tu voz pudo enternecerme, tu presencia suspenderme, y tu respeto turbarme.

¿Quién eres? Que aunque yo aquí tan poco del mundo sé, que cuna y sepulcro fue esta torre para mí; y aunque desde que nací -si esto es nacer- sólo advierto eres rústico desierto donde miserable vivo, siendo un esqueleto vivo, siendo un animado muerte.

Y aunque nunca vi ni hablé sino a un hombre solamente que aquí mis desdichas siente, por quien las noticias sé del cielo y tierra; y aunque aquí, por que más te asombres y monstruo humano me nombres, este asombros y quimeras, soy un hombre de las fieras y una fiera de los hombres.

Y aunque en desdichas tan graves, la política he estudiado, de los brutos enseñado, advertido de las aves, y de los astros suaves los círculos he medido, tú sólo, tú has suspendido la pasión a mis enojos, la suspensión a mis ojos, la admiración al oído.

Con cada vez que te veo nueva admiración me das, y cuando te miro más, aun más mirarte deseo.

Ojos hidrónicos creo que mis ojos deben ser; pues cuando es muerte el beber, beben más, y de esta suerte, viendo que el ver me da muerte, estoy muriendo por ver.

Pero véate yo y muera; que no sé, rendido ya, si el verte muerte me da, el no verte ¿qué me diera?

Fuera más que muerte fiera, ira, rabia y dolor fuerte fuera vida. De esta suerte su rigor he ponderado, pues dar vida a una desdichado es dar a un dichoso muerte.

ROSAURA: Con asombro de mirarte, con admiración de oírte, ni sé qué pueda decirte, ni qué pueda preguntarte; sólo diré que a esta parte hoy el cielo me ha guiado para haberme consolado, si consuelo puede ser del que es desdichado, ver a otro que es más desdichado.

Cuentan de un sabio que un día tan pobre y mísero estaba, que sólo se sustentaba de unas yerbas que comía. ¿Habrá otro -entre sí decía más pobre y triste que yo? Y cuando el rostro volvió, halló la respuesta, viendo que iba otro sabio cogiendo las hojas que él arrojó.

Quejoso de la fortuna yo en este mundo vivía, y cuando entre mí decía: ¿Habrá otra persona alguna de suerte más importuna?, piadoso me has

respondido; pues volviendo en mi sentido, hallo que las penas más, para hacerlas tú alegrías las hubieras recogido. Y por si acaso mis penas pueden aliviarte en parte, óyelas atento, y toma las que de ellas no sobren. Yo soy...

Dentro CLOTALDO

CLOTALDO: Guardas de esta torre, que, dormidas o cobardes, disteis paso a dos personas que han quebrantado la cárcel...

ROSAURA: Nueva confusión padezco.

SEGISMUNDO: Éste es Clotaldo, mi alcalde. ¿Aun no acaban mis desdichas?

CLOTALDO: Acudid, y vigilantes, sin que puedan defenderse, o prendedles o matadles.

TODOS: ¡Traición!

CLARÍN: Guardas de esta torre, que entrar aquí nos dejasteis, pues que nos dais a escoger, el prendernos es más fácil.

Sale CLOTALDO con pistola y soldados, todos con los rostros cubiertos

CLOTALDO: Todos os cubrid los rostros; que es diligencia importante mientras estamos aquí que no nos conozca nadie.

CLARÍN: ¿Enmascaraditos hay?

CLOTALDO: ¡Oh vosotros que, ignorantes de aqueste vedado sitio, coto y término pasasteis contra el decreto del rey, que manda que no ose nadie examinar el prodigio que entre estos peñascos yace! Rendid las armas y vidas, o a questa pistola, áspid de metal, escupirá el veneno penetrante de dos balas, cuyo fuego será escándalo del aire.

SEGISMUNDO: Primero, tirano dueño, que los ofendas y agravies, será mi vida despojo de estos lazos miserables; pues en ellos, ¡vive Dios!, tengo de despedazarme con las manos, con los dientes, entre aquestas peñas, antes que su desdicha consienta y que llore sus ultrajes.

CLOTALDO: Si sabes que tus desdichas,

Segismundo, son tan grandes, que antes de nacer moriste por ley del cielo; si sabes que aquestas prisiones son de tus furias arrogantes un freno que las detenga y una rienda que las pare, ¿por qué blasonas? La puerta cerrad de esa estrecha cárcel; escondedle en ella.

Ciérranle la puerta, y dice dentro

SEGISMUNDO: ¡Ah, cielos, qué bien hacéis en quitarme la libertad; porque fuera contra vosotros gigante, que para quebrar al sol esos vidrios y cristales, sobre cimientos de piedra pusiera montes de jaspe!

CLOTALDO: Quizá porque no los pongas, hoy padeces tantos males.

ROSAURA: Ya que vi que la soberbia te ofendió tanto, ignorante fuera en no pedirte humilde vida que a tus plantas yace.

Muévate en mí la piedad; que será rigor notable, que no hallen favor en ti ni soberbias ni humildades.

CLARÍN: Y si Humildad y Soberbia no te obligan, personajes que han movido y removido mil autos sacramentales, yo, ni humilde ni soberbio, sino entre las dos mitades entreverado, te pido que nos remedies y ampare.

CLOTALDO: ¡Hola!

SOLDADOS: Señor...

CLOTALDO: A los dos quitad las armas, y atadles los ojos, porque no vean cómo ni de dónde salen.

ROSAURA: Mi espada es ésta, que a ti solamente ha de entregarse, porque, al fin, de todos eres el principal, y no sabe rendirse a menos valor.

CLARÍN: La mía es tal, que puede darse al más ruín. Tomadla vos.

ROSAURA: Y si he de morir, dejarte quiero, en fe de esta piedad, prenda que pudo estimarse por el dueño que algún día se la ciñó; que la guardes te encargo, porque aunque yo no sé qué secreto alcance, sé que esta dorada espada encierra misterios grandes, pues sólo fiado en ella vengo a Polonia a vengarme de un agravio.

CLOTALDO: ¡Santos cielos! (Aparte)

¿Qué es esto? Ya son más graves mis penas y confusiones, mis ansias y mis pesares).

¿Quién te la dio?

ROSAURA: Una mujer.

CLOTALDO: ¿Cómo se llama?

ROSAURA: Que calle su nombre es fuerza.

CLOTALDO: ¿De qué infieres agora, o sabes, que hay secreto en esta espada?

ROSAURA: Quien me la dio, dijo: "Parte a Polonia, y solicita con ingenio, estudio o arte, que te vean esa espada los nobles y principales; que yo sé que alguno de ellos te favorezca y ampare;" que, por si acaso era muerto, no quiso entonces nombrarle.

CLOTALDO: ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho? (Aparte) Aún no sé determinarme si tales sucesos son ilusiones o verdades.

Esta espada es la que yo dejé a la hermosa Violante, por señas que el que ceñida la trujera había de hallarme amoroso como hijo y piadoso como padre.

¿Pues qué he de hacer, ¡ay de mí!, en confusión semejante, si quien la trae por favor, para su muerte la trae, pues que sentenciado a muerte llega a mis pies? ¡Qué notable confusión! ¡Qué triste hado! ¡Qué suerte tan inconstante!

Éste es mi hijo, y las señas dicen bien con las señales del corazón, que por verle llama al pecho y en él bate las alas, y no pudiendo romper los candados, hace lo que aquel que está encerrado, y oyendo ruido en la calle se arroja por la ventana, y él así, como no sabe lo que pasa, y oye el ruido, va a los ojos a asomarse, que son ventanas del pecho por donde en lágrimas sale.

¿Qué he de hacer? ¡Válgame el cielo! ¿Qué he de hacer? Porque llevarle al rey, es llevarle, ¡ay triste!, a morir. Pues ocultarle al rey, no puedo, conforme a la ley del homenaje.

De una parte el amor propio, y la lealtad de otra parte me rinden. Pero ¿qué dudo? La lealtad del rey, ¿no es antes que la vida y que el honor? Pues ella vida y él falte.

Fuera de que, si agora atiendo a que dijo que a vengarse viene de un agravio, hombre que está agraviado es infame.

No es mi hijo, no es mi hijo, ni tiene mi noble sangre.

Pero si ya ha sucedido un peligro, de quien nadie se libró, porque el honor es de materia tan frágil que con una acción se quiebra, o se mancha con un aire,

¿qué más puede hacer, qué más el que es noble, de su parte, que a costa de tantos riesgos haber venido a buscarle? Mi hijo es, mi sangre tiene, pues tiene valor tan grande; y así, entre una y otra duda el medio más importante es irme al rey y decirle que es mi hijo que le mate.

Quizá la misma piedad de mi honor podrá obligarle; y si le merezco vivo, yo le ayudaré a vengarse de su agravio, mas si el rey, en sus rigores constante, le da muerte, morirá sin saber que soy su padre).

Venid conmigo, extranjeros, no temáis, no, de que os falte compañía en las desdichas; pues en duda semejante de vivir o de morir no sé cuáles son más grandes.

Vanse todos

(En el palacio real)

Sale por una puerta ASTOLFO con acompañamiento de soldados, y por otra

ESTRELLA con damas. Suena música.

ASTOLFO: Bien al ver los excelentes rayos, que fueron cometas, mezclan salvas diferentes las cajas y las trompetas, los pájaros y las fuentes; siendo con música igual, y con maravilla suma, a tu vista celestial unos, clarines de pluma, y otras, aves de metal; y así os saludan, señora, como a su reina las balas, los pájaros como a Aurora, las trompetas como a Palas y las flores como a Flora; porque sois, burlando el día que ya la noche destierra, Aurora, en el alegría, Flora en paz, Palas en guerra, y reina en el alma mía.

ESTRELLA: Si la voz se ha de medir con las acciones humanas, mal habéis hecho en decir finezas tan cortesanías, donde os pueda desmentir todo ese marcial trofeo con quien ya atrevida lucho; pues no dicen, según creo, las lisonjas que os escucho, con los rigores que veo.

Y advertid que es baja acción, que sólo a una fiera toca, madre de engaño y traición, el halagar con la boca y matar con la intención.

ASTOLFO: Muy mal informado estáis, Estrella, pues que la fe de mis finezas dudáis, y os suplico que me oigáis la causa, a ver si la sé.

Falleció Eustorgio Tercero, rey de Polonia; quedó Basilio por heredero, y dos hijas, de quien yo y vos nacimos. No quiero cansar con lo que no tiene lugar aquí, Clorilene, vuestra madre y mi señora, que en mejor imperio agora dosel de luceros tiene, fue la mayor, de quien vos sois hija; fue la segunda, madre y tía de los dos, la gallarda Recisunda, que guarde mil años Dios; casó en Moscovia; de quien nació yo. Volver agora al otro principio es bien.

Basilio, que ya, señora, se rinde al común desdén del tiempo, más inclinado a los estudios que dado a mujeres, enviudó sin hijos, y vos y yo aspiramos a este estado.

Vos alegáis que habéis sido hija de hermana mayor; yo, que varón he nacido, y aunque de hermana menor, os debo ser preferido. Vuestra intención y la mía a nuestro tío contamos; él respondió que quería componernos, y aplazarnos este puesto y este día.

Con esta intención salí de Moscovia y de su tierra; con ésta llegué hasta aquí, en vez de haceros yo guerra a que me la hagáis a mí.

¡Oh!, quiera Amor, sabio dios, que el vulgo, astrólogo cierto, hoy lo sea con los dos, y que pare este concierto en que seáis reina vos pero reina en mi albedrío. Dándoos, para más honor, su corona nuestro tío, sus triunfos vuestro valor y su imperio el amor mío.

ESTRELLA: A tan cortés bizarría menos mi pecho no muestra, pues la imperial monarquía, para sólo hacerla vuestra me holgara que fuese mía; aunque no está satisfecho mi amor de que sois ingrato, si en cuanto decís sospecho que os desmiente ese retrato que está pendiente del pecho.

ASTOLFO: Satisfaceros intento con él... Mas lugar no da tanto sonoro instrumento, que avisa que sale ya el rey con su parlamento.

Tocan y sale el rey BASILIO, viejo y acompañamiento

ESTRELLA: Sabio Tales...

ASTOLFO: Docto Euclides...

ESTRELLA: ...que entre signos...

ASTOLFO: ...que entre estrellas...

ESTRELLA: ...hoy gobiernas...

ASTOLFO: ...hoy resides...

ESTRELLA: ...y sus caminos...

ASTOLFO: ...sus huellas...

ESTRELLA: ...describes...

ASTOLFO: ...tasas y mides...

ESTRELLA: ...deja que en humildes lazos...

ASTOLFO: ...deja que en tiernos abrazos...

ESTRELLA: ...hiedra de ese tronco sea.

ASTOLFO: ...rendido a tus pies me vea.

BASILIO: Sobrinos, dadme los brazos, y creed, pues que leales a mi precepto amoroso venís con afectos tales, que a nadie deje quejoso y los dos quedéis iguales; y así, cuando me confieso rendido al prolijo peso, sólo os pido en la ocasión silencio, que admiración ha de pedirla el suceso.

Ya sabéis -estadme atentos, amados sobrinos míos, corte ilustre de Polonia, vasallo, deudos y amigos--, ya sabéis que yo en el mundo por mi ciencia he merecido el sobrenombre de docto, pues, contra el tiempo y olvido, los pinceles de Timantes, los mármoles de Lisipo, en el ámbito del orbe me aclaman el gran Basilio.

Ya sabéis que son las ciencias que más curso y más estimo, matemáticas sutiles, por quien al tiempo le quito, por quien a la fama rompo la jurisdicción y oficio de enseñar más cada día; pues, cuando en mis tablas miro presentes las novedades de los venideros siglos, le gano al tiempo las gracias de contar lo que yo he dicho.

Esos círculos de nieve, esos doseles de vidrio que el sol ilumina a rayos, que parte la luna a giros; esos orbes de diamantes, esos globos cristalinos que las estrellas adornan y que campean los signos, son el estudio mayor de mis años, son los libros donde en papel de diamante, en cuadernos de zafiros, escribe con líneas de oro, en caracteres distintos, el cielo nuestros sucesos ya adversos o ya benignos.

Éstos leo tan veloz, que con mi espíritu sigo sus rápidos movimientos por rumbos o por caminos.

¡Pluguiera al cielo, primero que mi ingenio hubiera sido de sus márgenes comento y de sus hojas registro, hubiera sido mi vida el primero desperdicio de sus iras, y que en ellas mi tragedia hubiera sido; porque de los infelices aun el mérito es cuchillo, que a quien le daña el saber homicida es de sí mismo!

Dígalo yo, aunque mejor lo dirán sucesos míos, para cuya admiración otra vez silencio os pido.

En Clorilene, mi esposa, tuve un infelice hijo, en cuyo parto los cielos se agotaron de prodigios.

Antes que a la luz hermosa le diese el sepulcro vivo de un vientre - porque el nacer y el morir son parecidos-, su madre infinitas veces, entre ideas y delirios del sueño, vio que rompía sus entrañas, atrevido,

un monstruo en forma de hombre, y entre su sangre teñido, le daba muerte, naciendo víbora humana del siglo.

Llegó de su parto el día, y los presagios cumplidos -porque tarde o nunca son mentirosos los impíos-, nació en horóscopo tal, que el sol, en su sangre tinto, entraba sañudamente con la luna en desafío; y siendo valla la tierra, los dos faroles divinos a luz entera luchaban, ya que no a brazo partido.

El mayor, el más horrendo eclipse que ha padecido el sol, después que con sangre lloró la muerte de Cristo, éste fue, porque anegado el orbe entre incendios vivos, presumió que padecía el último parosismo; los cielos se escurecieron, temblaron los edificios, llovieron piedras las nubes, corrieron sangre los ríos.

En este mísero, en este mortal planeta o signo, nació Segismundo, dando de su condición indicios, pues dio la muerte a su madre, con cuya fiereza dijo: "Hombre soy, pues que ya empiezo a pagar mal beneficios." Yo, acudiendo a mis estudios, en ellos y en todo miro que Segismundo sería el hombre más atrevido, el príncipe más cruel y el monarca más impío, por quien su reino vendría a ser parcial y diviso, escuela de las traiciones y academia de los vicios; y él, de su furor llevado, entre asombros y delitos, había de poner en mí las plantas, y yo, rendido, a sus pies me había de ver -¡con qué congoja lo digo!- siendo alfombra de sus plantas las canas del rostro mío.

¿Quién no da crédito al daño, y más al daño que ha visto en su estudio, donde hace el amor propio su oficio?

Pues dando crédito yo a los hados, que adivinos me pronosticaban daños en fatales vaticinios, determiné de encerrar la fiera que había nacido, por ver si el sabio tenía en las estrellas dominio.

Publicóse que el infante nació muerto, y prevenido hice labrar una torre entre las peñas y riscos de esos montes, donde apenas la luz ha hallado camino, por defenderle la entrada sus rústicos obeliscos.

Las graves penas y leyes, que con públicos editos declararon que ninguno entrase a un vedado sitio del monte, se ocasionaron de las causas que os he dicho.

Allí Segismundo vive mísero, pobre y cautivo, adonde sólo Clotaldo le ha hablado, tratado y visto.

Éste le ha enseñado ciencias; éste en la ley le ha instruído católica, siendo solo de sus miserias testigo.

Aquí hay tres cosas: La una que yo, Polonia, os estimo tanto, que os quiero librar de la opresión y servicio de un rey tirano, porque no fuera señor benigno el que a su patria y su imperio pusiera en tanto peligro. La otra es considerar que si a mi sangre le quito el derecho que le dieron humano fuero y divino, no es cristiana caridad; pues ninguna ley ha dicho que por reservar yo a otro de tirano y de atrevido, pueda yo serlo, supuesto que si es tirano mi hijo, porque él delito no haga, vengo yo a hacer los delitos.

Es la última y tercera el ver cuánto yerro ha sido dar crédito fácilmente a los sucesos previstos; pues aunque su inclinación le dicte sus precipicios, quizá no le vencerán, porque el hado más esquivo, la inclinación más violenta, el planeta más impío, sólo el albedrío inclinan, no fuerzan el albedrío.

Y así, entre una y otra causa vacilante y discursivo, previne un remedio tal, que os suspenda los sentidos.

Yo he de ponerle mañana, sin que él sepa que es mi hijo y rey vuestro, a Segismundo, que aqueste su nombre ha sido, en mi dosel, en mi silla, y en fin, en el lugar mío, donde os gobierne y os mande, y donde todos rendidos la obediencia le juréis; pues con aquesto consigo tres cosas, con que respondo a las otras tres que he dicho.

Es la primera, que siendo prudente, cuerdo y benigno, desmintiendo en todo al hado que de él tantas cosas dijo, gozaréis el natural príncipe vuestro, que ha sido cortesano de unos montes y de sus fieras vecino.

Es la segunda, que si él, soberbio, osado, atrevido y cruel, con rienda suelta corre el campo de sus vicios, habré yo, piadoso, entonces con mi obligación cumplido; y luego en desposeerle haré como rey invicto, siendo el volverle a la cárcel no crueldad, sino castigo.

Es la tercera, que siendo el príncipe como os digo, por lo que os amo, vasallos, os daré reyes más dignos de la corona y el cetro; pues serán mis dos sobrinos que junto en uno el derecho de los dos, y convenidos con la fe del matrimonio, tendrá lo que han merecido.

Esto como rey os mando, esto como padre os pido, esto como sabio os ruego, esto como anciano os digo; y si el Séneca español, que era humilde esclavo, dijo, de su república un rey, como esclavo os lo suplico.

ASTOLFO: Si a mí responder me toca, como el que, en efecto, ha sido aquí el más interesado, en nombre de todos digo, que Segismundo parezca, pues le basta ser tu hijo.

TODOS: Danos al príncipe nuestro, que ya por rey le pedimos.

BASILIO: Vasallos, esa fineza os agradezco y estimo.

Acompañad a sus cuartos a los dos atlantes míos, que mañana le veréis.

TODOS: ¡Viva el grande rey Basilio!

Vanse todos. Antes que se va el rey BASILIO, sale CLOTALDO,

ROSAURA, CLARÍN, y detiéndose el rey

CLOTALDO: ¿Podréte hablar?

BASILIO: ¡Oh, Clotaldo!, tú seas muy bien venido.

CLOTALDO: Aunque viniendo a tus plantas es fuerza el haberlo sido, esta vez rompe, señor, el hado triste y esquivo el privilegio a la ley y a la costumbre el estilo.

BASILIO: ¿Qué tienes?

CLOTALDO: Una desdicha, señor, que me ha sucedido, cuando pudiera tenerla por el mayor regocijo.

BASILIO: Prosigue.

CLOTALDO: Este bello joven, osado o inadvertido, entró en la torre, señor, adonde al príncipe ha visto, y es...

BASILIO: No te aflijas, Clotaldo; si otro día hubiera sido, confieso que lo sintiera; pero ya el secreto he dicho, y no importa que él los sepa, supuesto que yo lo digo.

Vedme después, porque tengo muchas cosas que advertiros y muchas que hagáis por mí; que habéis de ser, os aviso, instrumento del mayor suceso que el mundo ha visto; y a esos presos, porque al fin no presumáis que castigo descuidos vuestros, perdono.

Vase el rey BASILIO

CLOTALDO: ¡Vivas, gran señor, mil siglos! (Mejóro el cielo la suerte.

Aparte Ya no diré que es mi hijo, pues que lo puedo excusar).

Extranjeros peregrinos, libres estáis.

ROSAURA: Tus pies beso mil veces.

CLARÍN: Y yo los piso, que una letra más o menos no reparan dos amigos.

ROSAURA: La vida, señor, me das dado; y pues a tu cuenta vivo, eternamente seré esclavo tuyo.

CLOTALDO: No ha sido vida la que yo te he dado; porque un hombre bien nacido, si está agraviado, no vive; y supuesto que has venido a vengarte de un agravio, según tú propio me has dicho, no te he dado vida yo, porque tú no la has traído; que vida infame no es vida.

(Bien con aquesto le animo). Aparte

ROSAURA: Confieso que no la tengo, aunque de ti la recibo; pero yo con la venganza dejaré mi honor tan limpio, que pueda mi vida luego, atropellando peligros, parecer dádiva tuya.

CLOTALDO: Toma el acero bruñido que trujiste; que yo sé que él baste, en sangre teñido de tu enemigo, a vengarte; porque acero que fue mío - digo este instante, este rato que en mi poder le he tenido-, sabrá vengarte.

ROSAURA: En tu nombre segunda vez me le ciño. Y en él juro mi venganza, aunque fuese mi enemigo más poderoso.

CLOTALDO: ¿Eslo mucho?

ROSAURA: Tanto, que no te lo digo, no porque de tu prudencia mayores cosas no fío, sino porque no se vuelva contra mí el favor que admiro en tu piedad.

CLOTALDO: Antes fuera

ganarme a mí con decirlo; pues fuera cerrarme el paso de ayudar a tu enemigo. (¡Oh, si supiera quién es!)

Aparte

ROSAURA: Porque no pienses que estimo tan poco esa confianza, sabe que el contrario ha sido no menos que Astolfo, duque de Moscovia.

CLOTALDO: (Mal resisto Aparte el dolor, porque es más grave, que fue imaginado, visto. Apuremos más el caso). Si moscovita has nacido, el que es natural señor, mal agraviarte ha podido; vuélvete a tu patria, pues, y deja el ardiente brío que te despeña.

ROSAURA: Yo sé que aunque mi príncipe ha sidopudo agraviarme.

CLOTALDO: No pudo, aunque pusiera, atrevido, la mano en tu rostro. (¡Ay, cielos!)

ROSAURA: Mayor fue el agravio mío.

CLOTALDO: Dilo ya, pues que no puedes decir más que yo imagino.

ROSAURA: Sí dijera; mas no sé con qué respeto te miro, con qué afecto te venero, con qué estimación te asisto, que no me atrevo a decirte que es este exterior vestido enigma, pues no es de quien parece. Juzga advertido, si no soy lo que parezco y Astolfo a casarse vino con Estrella, si podrá agraviarme. Harto te he dicho.

Vanse ROSAURA y CLARÍN

CLOTALDO: ¡Escucha, aguarda, detente! ¿Qué confuso laberinto es éste, donde no puede hallar la razón el hilo?

Mi honor es el agraviado, poderoso el enemigo, yo vasallo, ella mujer; descubra el cielo camino; aunque no sé si podrá, cuando, en tan confuso abismo, es todo el cielo un presagio, y es todo el mundo un prodigio.

Vase CLOTALDO

FIN DEL PRIMER ACTO

Acto II

SEGUNDO ACTO

(En el palacio real)

Salen el rey BASILIO y CLOTALDO

CLOTALDO: Todo, como lo mandaste, queda efectuado.

BASILIO: Cuenta, Clotaldo, cómo pasó.

CLOTALDO: Fue, señor, de esta manera: con la apacible bebida que de confecciones llena hacer mandaste, mezclando la virtud de algunas hierbas, cuyo tirano poder y cuya secreta fuerza así el humano discurso priva, roba y enajena, que deja vivo cadáver a un hombre, y cuya violencia, adormecido, le quita los sentidos y potencias...

No tenemos que argüir que aquesto posible sea, pues tantas veces, señor, nos ha dicho la experiencia, y es cierto, que de secretos naturales, está llena la medicina, y no hay animal, planta ni piedra que no tenga calidad determinada, y si llega a examinar mil venenos la humana malicia nuestra que den la muerte, ¿qué mucho que, templada su violencia, pues hay venenos que maten, haya venenos que aduerman?

Dejando aparte el dudar, si es posible que suceda, pues que ya queda probado con razones y evidencias...

Con la bebida, en efeto, que el opio, la adormidera y el beleño, compusieron, bajé a la cárcel estrecha de Segismundo; con él hablé un rato de las letras humanas, que le ha enseñado la muda naturaleza de los montes y los cielos, en cuya divina escuela la retórica aprendió de las aves y las fieras.

Para levantarle más el espíritu a la empresa que solicitas, tomé por asunto la presteza de una águila caudalosa, que despreciando la esfera del viento, pasaba a ser, en las regiones supremas del fuego, rayo de pluma, o desasido cometa. Encarecí el vuelo altivo diciendo: "Al fin eres reina de las aves, y así, a todas es justo que te prefieras."

Él no hubo menester más; que en tocando esta materia de la majestad, discurre con ambición y soberbia; porque, en efecto, la sangre le incita, mueve y alienta a cosas grandes, y dijo: "¡Que en la república inquieta de las aves también haya quien les jure la obediencia!

En llegado a este discurso, mis desdichas me consuelan; pues, por lo menos, si estoy sujeto, lo estoy por fuerza; porque voluntariamente a otro hombre no me rindiera."

Viéndole ya enfurecido con esto, que ha sido el tema de su dolor, le brindé con la pócima, y apenas pasó desde el vaso al pecho el licor, cuando las fuerzas rindió al sueño, discurriendo por los miembros y las venas un sudor frío, de modo que, a no saber yo que era muerte fingida, dudara de su vida. En esto llegan las gentes de quien tú fías el valor de esta experiencia, y poniéndole en un coche, hasta tu cuarto le llevan, donde prevenida estaba la majestad y grandeza que es digna de su persona.

Allí en tu cama le acuestan, donde al tiempo que el letargo haya perdido la fuerza, como a ti mismo, señor, le sirvan, que así lo ordenas. Y si haberte obedecido te obliga a que yo merezca galardón, sólo te pido - perdona mi inadvertencia que me digas, ¿qué es tu intento, trayendo de esta manera a Segismundo a palacio?

BASILIO: Clotaldo, muy justa es esa duda que tienes, y quiero sólo a vos satisfacerla. A Segismundo, mi hijo, el influjo de su estrella, -vos lo sabéis-, amenaza mil desdichas y tragedias; quiero examinar si el cielo -

que no es posible que mienta, y más habiéndonos dado de su rigor tantas muestras, en su cruel condición se mitiga, o se temple por lo menos, y, vencido, con valor y con prudencia se desdice; porque el hombre predomina en las estrellas.

Esto quiero examinar, trayéndole donde sepa que es mi hijo, y donde haga de su talento la prueba. Si magnánimo se vence, reinará; pero si muestra el ser cruel y tirano, le volveré a su cadena. Agora preguntará, que para aquesta experiencia, ¿qué importó haberle traído dormido de esta manera? Y quiero satisfacerte, dándote a todo respuesta. Si él supiera que es mi hijo hoy, y mañana se viera segunda vez reducido a su prisión y miseria, cierto es de su condición que desesperara en ella; porque, sabiendo quién es, ¿qué consuelo habrá que tenga? Y así he querido dejar abierta al daño esta puerta del decir que fue soñado cuanto vio. Con esto llegan a examinarse dos cosas; su condición, la primera; pues él despierto procede en cuanto imagina y piensa; y en consuelo, la segunda, pues, aunque agora se vea obedecido, y después a sus prisiones se vuelva, podrá entender que soñó, y hará bien cuando lo entienda; porque en el mundo, Clotaldo, todos lo que viven sueñan.

CLOTALDO: Razones no me faltaran para probar que no aciertas; mas ya no tiene remedio; y, según dicen las señas, parece que ha despertado y hacia nosotros se acerca.

BASILIO: Yo me quiero retirar; tú, como ayo suyo, llega, y de tantas confusiones como su discurso cercan, le saca con la verdad.

CLOTALDO: ¿En fin, que me das licencia para que lo diga?

BASILIO: Sí; que podrá ser, con saberla, que, conocido el peligro, más fácilmente se vengza.

Vase el rey BASILIO y sale CLARÍN

CLARÍN: (A costa de cuatro palos, Aparte que el llegar aquí me cuesta, de un alabardero rubio que barbó de su librea, tengo de ver cuanto pasa; que no hay ventana más cierta que aquella que, sin rogar a un ministro de boletas, un hombre se trae consigo; pues para todas las fiestas, despojado y despejado se asoma a su desvergüenza).

CLOTALDO: (Éste es Clarín, el criado Aparte de aquélla, ¡ay cielos!, de aquélla que, tratante de desdichas, pasó a Polonia mi afrenta).

Clarín, ¿qué hay de nuevo?

CLARÍN: Hay, señor, que tu gran clemencia, dispuesta a vengar agravios de Rosaura, la aconseja que tome su propio traje.

CLOTALDO: Y es bien, por que no parezca liviandad.

CLARÍN: Hay, que mudando su nombre, y tomando, cuerda, nombre de sobrina tuya, hoy tanto honor se acrecienta, que dama en palacio ya de la singular Estrella vive.

CLOTALDO: Es bien que de una vez tome su honor por mi cuenta.

CLARÍN: Hay, que ella se está esperando que ocasión y tiempo venga en que vuelvas por su honor.

CLOTALDO: Prevención segura es ésta; que, al fin, el tiempo ha de ser quien haga esas diligencias.

CLARÍN: Hay, que ella está regalada, servida como una reina, en fe de sobrina tuya. Y hay, que viniendo con ella, estoy yo muriendo de hambre y nadie de mí se acuerda, sin mirar que soy Clarín, y que si el tal Clarín suena, podrá decir cuanto pasa al rey, a Astolfo y a Estrella; porque Clarín y criado son dos cosas que se llevan con el secreto muy mal; y podrá ser, si me deja el silencio de su mano, se cante por mí esta letra: "Clarín que rompe el albor, no suena mejor."

CLOTALDO: Tu queja está bien fundada; yo satisfaré tu queja, y en tanto, sírveme a mí.

CLARÍN: Pues ya Segismundo llega.

Salen músicos cantando, y criados dando de vestir a SEGISMUNDO, que sale como asombrado

SEGISMUNDO: ¡Válgame el cielo! ¿Qué veo? Válgame el cielo! ¿Qué miro? Con poco espanto lo admiro, con mucha duda lo creo. ¿Yo en palacios suntuosos? ¿Yo entre telas y brocados? ¿Yo cercado de criados tan lucidos y briosos? ¿Yo despertar de dormir en lecho tan excelente? ¿Yo en medio de tanta gente que me sirva de vestir? ¡Decir que es sueño es engaño! Bien sé que despierto estoy. ¿Yo Segismundo no soy? Dadme, cielos, desengaño. Decidme, ¿qué pudo ser esto que a mi fantasía sucedió mientras dormía, que aquí me he llegado a ver? Pero sea lo que fuere, ¿Quién me mete en discurrir? Dejarme quiero servir, y venga lo que viniere.

CRIADO 2: ¡Qué melancólico está!

CRIADO 1: Pues a quién le sucediera esto, que no lo estuviera?

CLARÍN: A mí.

CRIADO 2: Llega a hablarle ya.

CRIADO 1: ¿Volverán a cantar?

SEGISMUNDO: No. No quiero que canten más.

CRIADO 2: Como tan suspenso estás, quise divertirte.

SEGISMUNDO: Yo no tengo de divertir con sus voces mis pesares; las músicas militares sólo he gustado de oír.

CLOTALDO: Vuestra alteza, gran señor, me dé su mano a besar, que el primero le ha de dar esta obediencia mi honor.

SEGISMUNDO: (Clotaldo es. Pues, ¿cómo así Aparte quien en prisión me maltrata, con tal respeto me trata? ¿Qué es lo que pasa por mí?)

CLOTALDO: Con la grande confusión que el nuevo estado te da, mil dudas padecerá el discurso y la razón; pero ya librate quiero de todas, si puede ser, porque has, señor, de saber que eres príncipe heredero de Polonia. Si has estado retirado y escondido, por obedecer ha sido a la inclemencia del hado, que mil tragedias consiente a este imperio, cuando en él el soberano laurel corone tu augusta frente. Mas, fiando a tu atención que vencerás las estrellas, porque es posible vencellas a un magnánimo varón, a palacio te han traído de la torre en que vivías, mientras al sueño tenías el espíritu rendido. Tu padre, el rey mi señor, vendrá a verte, y de él sabrás, Segismundo, lo demás.

SEGISMUNDO: Pues, vil, infame, traidor, ¿qué tengo más que saber, después de saber quien soy, para mostrar desde hoy mi soberbia y mi poder? ¿Cómo a tu patria le has hecho tal traición, que me ocultaste a mí pues que me negaste, contra razón y derecho, este estado?

CLOTALDO: ¡Ay de mí, triste!

SEGISMUNDO: Traidor fuiste con la ley, lisonjero con el rey, y cruel conmigo fuiste. Y así el rey, la ley y yo, entre desdichas tan fieras, te condenan a que mueras a mis manos.

CRIADO 2: ¡Señor!...

SEGISMUNDO: No me estorbe nadie, que es vana diligencia. ¡Y vive Dios! Si os ponéis delante vos, que os eche por la ventana.

CRIADO 1: Huye Clotaldo.

CLOTALDO: ¡Ay de ti, que soberbia vas mostrando sin saber que están soñando!

Vase CLOTALDO

CRIADO 2: Advierte...

SEGISMUNDO: Apartad de aquí.

CRIADO 2: ...que a su rey obedeció.

SEGISMUNDO: En lo que no es justa ley no ha de obedecer al rey; y su príncipe era yo.

CRIADO 2: Él no debió examinarse si era bien hecho o mal hecho.

SEGISMUNDO: Que estáis mal con vos sospecho, pues me dais que replicar.

CLARÍN: Dice el príncipe muy bien, y vos hicisteis muy mal.

CRIADO 1: ¿Quién os dio licencia igual?

CLARÍN: Yo me la he tomado.

SEGISMUNDO: ¿Quién eres tú, di?

CLARÍN: Entremetido. Y de este oficio soy jefe, porque soy el mequetrefe mayor que se ha conocido.

SEGISMUNDO: Tú sólo en tan nuevos mundos me has agradado.

CLARÍN: Señor, soy un grande agradador de todos los Segismundos.

Sale ASTOLFO

ASTOLFO: ¡Feliz mil veces el día, oh príncipe, que os mostráis sol de Polonia, y llenáis de resplandor y alegría todos estos horizontes con tan divino arrebol; pues que salís como el sol de debajo de los montes! Salid, pues, y aunque tan tarde se corona vuestra frente del laurel resplandeciente, tarde muera.

SEGISMUNDO: Dios os guarde.

ASTOLFO: El no haberme conocido sólo por disculpa os doy de no honrarme más. Yo soy Astolfo. Duque he nacido de Moscovia, y primo vuestro. Haya igualdad en los dos.

SEGISMUNDO: Si digo que os guarde Dios, ¿bastante agrado no os nuestro? Pero ya que, haciendo alarde de quien sois, de esto os quejáis, otra vez que me veáis, le diré a Dios que no os guarde.

CRIADO 2: Vuestra alteza considere que como en montes nacido con todos ha procedido, Astolfo, señor, prefiere...

SEGISMUNDO: Cansóme como llegó grave a hablarme, y lo primero que hizo, se puso el sombrero.

CRIADO 1: Es grande.

SEGISMUNDO: Mayor soy yo.

CRIADO 2: Con todo eso, entre los dos que haya más respeto es bien que entre los demás.

SEGISMUNDO: ¿Y quién os mete conmigo a vos?

Sale ESTRELLA

ESTRELLA: Vuestra alteza, señor, sea muchas veces bien venido al dosel que agradecido le recibe y le desea; adonde, a pesar de engaños, viva augusto y eminente, donde su vida se cuente por siglos, y no por años.

SEGISMUNDO: Dime tú agora, ¿quién es esta beldad soberana? ¿Quién es esta diosa humana, a cuyos divinos pies postra el cielo su arrebol? ¿Quién es esta mujer bella?

CLARÍN: Es, señor, tu prima Estrella.

SEGISMUNDO: Mejor dijeras el sol. Aunque el parabién es bien darme del bien que conquisto, de sólo haberos hoy visto os admito el parabién; y así, de llegarme a ver con el bien que no merezco, el parabién agradezco.

Estrella, que amanecer podéis, y dar alegría, al más luciente farol, ¿qué dejáis que hacer al sol, si os levantáis con el día? Dadme a besar vuestra mano, en cuya copa de nieve el aura candores bebe.

ESTRELLA: Sed más galán cortesano.

ASTOLFO: (Si él toma la mano, yo Aparte soy perdido).

CRIADO 2: (El pesar sé Aparte de Astolfo, y le estorbaré). Advierte, señor, que no es justo atreverte así, y estando Astolfo...

SEGISMUNDO: ¿No digo que vos no os metáis conmigo?

CRIADO 2: Digo lo que es justo.

SEGISMUNDO: A mí todo eso me causa enfado; nada me parece justo en siendo contra mi gusto.

CRIADO 2: Pues yo, señor, he escuchado de ti que en lo justo es bien obedecer y servir.

SEGISMUNDO: ¿También oíste decir que por un balcón, a quien me canse, sabré arrojar?

CRIADO 2: Con los hombres como yo no puede hacerse eso.

SEGISMUNDO: ¿No? ¡Por Dios que lo he de probar!

Cógele en los brazos y éntrase, y todos tras él, y torna a salir

ASTOLFO: ¿Qué es esto que llevo a ver?

ESTRELLA: Llegad todos a ayudar.

SEGISMUNDO: Cayó del balcón al mar; ¡vive Dios, que pudo ser!

ASTOLFO: Pues medid con más espacio vuestras acciones severas, que lo que hay de hombres a fieras, hay desde un monte a palacio.

SEGISMUNDO: Pues en dando tan severo en hablar con entereza, quizá no hallaréis cabeza en que se os tenga el sombrero.

Vase ASTOLFO y sale el rey BASILIO

BASILIO: ¿Qué ha sido esto?

SEGISMUNDO: Nada ha sido. A un hombre que me ha cansado, de ese balcón he arrojado.

CLARÍN: Que es el rey está advertido.

BASILIO: ¿Tan presto? ¿Una vida cuesta tu venida el primer día?

SEGISMUNDO: Díjome que no podía hacerse, y gané la apuesta.

BASILIO: Pésame mucho que cuando, príncipe, a verte he venido, pensado hallarte advertido, de hados y estrellas triunfando, con tanto rigor te vea, y que la primera acción que has hecho en esta ocasión, un grave homicidio sea.

¿Con qué amor llegar podré a darte agora mis brazos, si de sus soberbios lazos, que están enseñados sé a dar muertes? ¿Quién llegó a ver desnudo el puñal que dio una herida mortal, que no temiese?

¿Quién vio sangriento el lugar, adonde a otro hombre dieron muerte, que no sienta? Que el más fuerte a su natural responde. Yo así, que en tus brazos miro de esta muerte el instrumento, y miro el lugar sangriento, de tus brazos me retiro; y aunque en amorosos lazos ceñir tu cuello pensé, sin ellos me volveré, que tengo miedo a tus brazos.

SEGISMUNDO: Sin ellos me podré estar como me he estado hasta aquí; que un padre que contra mí tanto rigor sabe usar, que con condición ingrata de su lado me desvía, como a una fiera me cría, y como a un monstruo me trata y mi muerte solicita, de poca importancia fue que los brazos no me dé, cuando el ser de hombre me quita.

BASILIO: Al cielo y a Dios pluguiera que a dártele no llegara; pues ni tu voz escuchara, ni tu atrevimiento viera.

SEGISMUNDO: Si no me le hubieras dado, no me quejara de ti; pero una vez dado, sí, por habérmele quitado; que aunque el dar la acción es más noble y más singular, es mayor bajeza el dar, para quitarlo después.

BASILIO: ¡Bien me agradeces el verte de un humilde y pobre preso, príncipe ya!

SEGISMUNDO: Pues en eso, ¿qué tengo que agradecerte?

Tirano de mi albedrío, si viejo y caduco estás, ¿muriéndote, qué me das? ¿Dasme más de lo que es mío?

Mi padre eres y mi rey; luego toda esta grandeza me da la naturaleza por derechos de su ley. Luego, aunque esté en este estado, obligado no te quedo, y pedirte cuentas puedo del tiempo que me has quitado libertad, vida y honor; y así, agradéceme a mí que yo no cobre de ti, pues eres tú mi deudor.

BASILIO: Bárbaro eres y atrevido; cumplió su palabra el cielo; y así, para el mismo apelo, soberbio desvanecido. Y aunque sepas ya quién eres, y desengañado estés, y aunque en un lugar te ves donde a todos te prefieres, mira bien lo que te advierto: que seas humilde y blando, porque quizá estás soñando, aunque ves que estás despierto.

Vase el rey BASILIO

SEGISMUNDO: ¿Que quizá soñando estoy, aunque despierto me veo?

No sueño, pues toco y creo lo que he sido y lo que soy. Y aunque agora te arrepientas, poco remedio tendrás; sé quién soy, y no podrás aunque suspires y sientas, quitarme el haber nacido de esta corona heredero; y si me viste primero a las prisiones rendido, fue porque ignoré quién era; pero ya informado estoy de quién soy y sé que soy un compuesto de hombre y fiera.

Sale ROSAURA, dama[editar]

ROSAURA: (Siguiendo a Estrella vengo, Aparte y gran temor de hallar a Astolfo tengo; que Clotaldo desea que no sepa quién soy, y no me vea, porque dice que importa al honor mío; y de Clotaldo fío su efecto, pues le debo, agradecida, aquí el amparo de mi honor y vida).

CLARÍN ¿Qué es lo que te ha agradado más de cuanto hoy has visto y admirado?

SEGISMUNDO: Nada me ha suspendido, que todo lo tenía prevenido; mas, si admirar hubiera algo en el mundo, la hermosura fuera de la mujer. Leía una vez en los libros que tenía que lo que a Dios mayor estudio debe, era el hombre, por ser un mundo breve; mas ya que lo es

recelo la mujer, pues ha sido un breve cielo; y más beldad encierra que el hombre, cuanto va de cielo a tierra. ¡Y más di es la que miro!

ROSAURA: (El príncipe está aquí; yo me retiro).

SEGISMUNDO: Oye, mujer, detente; no juntes el ocaso y el oriente huyendo al primer paso; que juntos el oriente y el ocaso, la lumbre y sombra fría, serás, sin duda, síncope del día. ¿Pero qué es lo que veo?

ROSAURA: Lo mismo que estoy viendo, dudo y creo.

SEGISMUNDO: (Yo he visto esta belleza Aparte otra vez).

ROSAURA: (Yo esta pompa, esta grandeza Aparte he visto reducida a una estrecha prisión).

SEGISMUNDO: (Ya hallé mi vida). Aparte

Mujer, que aqúeste nombre es el mejor requiebro para el hombre, ¿quién eres? Que sin verte adoración me debes, y de suerte por la fe te conquisto, que me persuado a que otra vez te he visto. ¿Quién eres, mujer bella?

ROSAURA: (Disimular me importa). Aparte

Soy de Estrella una infelice dama.

SEGISMUNDO: No digas tal; di el sol, a cuya llama aquella estrella vive, pues de tus rayos resplandor recibe; yo vi en reino de olores que presidía entre comunes flores la deidad de la rosa, y era su emperatriz por más hermosa; yo vi entre piedras finas de la docta academia de sus minas preferir el diamante, y ser su emperador por más brillante; yo en esas cortes bellas de la inquieta república de estrellas, vi en el lugar primero por rey de las estrellas el lucero; yo en esferas perfectas, llamando el sol a cortes los planetas, le vi que presidía como mayor oráculo del día. ¿Pues cómo, si entre flores, entre estrellas, piedras, signos, planetas, las más bellas prefieren, tú has servido la de menos beldad, habiendo sido por más bella y hermosa, sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

Sale CLOTALDO

CLOTALDO: (A Segismundo reducir deseo, Aparte porque, en fin, le he criado; mas ¿qué veo?)

ROSAURA: Tu favor reverencio. Respóndote retórico el silencio; cuando tan torpe la razón se halla, mejor habla, señor, quien mejor calla.

SEGISMUNDO: No has de ausentarte, espera. ¿Cómo quieres dejar de esa manera a oscuras mi sentido?

ROSAURA: Esta licencia a vuestra alteza pido.

SEGISMUNDO: Irte con tal violencia no es pedir, es tomarte la licencia.

ROSAURA: Pues si tú no la das, tomarla espero.

SEGISMUNDO: Harás que de cortés pase a grosero, porque la resistencia es veneno cruel de mi paciencia.

ROSAURA: Pues cuando ese veneno, de furia, de rigor y saña lleno, la paciencia venciera, mi respeto no osara, ni pudiera.

SEGISMUNDO: Sólo por ver si puedo, harás que pierda a tu hermosura el miedo; que soy muy inclinado a vencer lo imposible; hoy he arrojado de ese balcón a un hombre, que decía que hacerse no podía; y así, por ver si puedo, cosa es llana que arrojaré tu honor por la ventana.

CLOTALDO: (Mucho se va empeñando. Aparte ¿Qué he de hacer, cielos, cuando tras un loco deseo mi honor segunda vez a riesgo veo?)

ROSAURA: No en vano prevenía a este reino infeliz tu tiranía escándalos tan fuertes de delitos, traiciones, iras, muertes. ¿Mas, qué ha de hacer un hombre que de humano no tiene más que el nombre? ¡Atrevido, inhumano, cruel, soberbio, bárbaro y tirano, nacido entre las fieras!

SEGISMUNDO: Porque tú ese baldón no me dijeras, tan cortés me mostraba, pensando que con eso te obligaba; mas, si lo soy hablando de este modo, has de decirlo, vive Dios, por todo. -¡Hola, dejadnos solos, y esa puerta se cierre, y no entre nadie!

Vase CLARÍN

ROSAURA: (Yo soy muerta). Aparte

Advierte...

SEGISMUNDO: Soy tirano, y ya pretendes reducirme en vano.

CLOTALDO: (¡Oh, qué lance tan fuerte! Aparte Saldré a estorbarlo, aunque me dé la muerte). Señor, atiende, mira.

SEGISMUNDO: Segunda vez me has provocado a ira, viejo caduco y loco. ¿Mi enojo y rigor tienes en poco? ¿Cómo hasta aquí has llegado?

CLOTALDO: De los acentos de esta voz llamado a decirte que seas más apacible, si reinar deseas; y no, por verte ya de todos dueño, seas cruel, porque quizá es un sueño.

SEGISMUNDO: A rabia me provocas, cuando la luz del desengaño tocas.
Veré, dándote muerte, si es sueño o si es verdad.

Al ir a sacar la daga, se la tiene CLOTALDO y se arrodilla

CLOTALDO: Yo de esta suerte librar mi vida espero.

SEGISMUNDO: Quita la osada mano del acero.

CLARÍN: Hasta que gente venga, que tu rigor y cólera detenga, no he de soltarte.

ROSAURA: ¡Ay cielos!

SEGISMUNDO: ¡Suelta, digo! Caduco, loco, bárbaro, enemigo, o será de esta suerte: el darte agora entre mis brazos muerte.

Luchan

ROSAURA: Acudid todos presto, que matan a Clotaldo.

Vase ROSAURA. Sale ASTOLFO a tiempo que cae CLOTALDO a sus pies, y él se pone en medio

ASTOLFO: ¿Pues, qué es esto, príncipe generoso? ¿Así se mancha acero tan brioso en una sangre helada? Vuelva a la vaina tu lucida espada.

SEGISMUNDO: En viéndola teñida en esa infame sangre.

ASTOLFO: Ya su vida tomó a mis pies sagrado; y de algo ha servirme haber llegado.

SEGISMUNDO: Sírvate de morir, pues de esta suerte también sabré vengarme, con tu muerte, de aquel pasado enojo.

ASTOLFO: Yo defendiendo mi vida; así la majestad no ofendo.

Sacan las espadas, y sale el rey BASILIO y ESTRELLA

CLOTALDO: No le ofendas, señor.

BASILIO: ¿Pues, aquí espadas?

ESTRELLA: (¡Astolfo es, ay de mí, penas airadas!)

BASILIO: ¿Pues, qué es lo que ha pasado?

ASTOLFO: Nada, señor, habiendo tú llegado.

Envainan

SEGISMUNDO: Mucho, señor, aunque hayas tú venido; yo a ese viejo matar he pretendido.

BASILIO: Respeto no tenías a estas canas?

CLOTALDO: Señor, ved que son mías; que no importa veréis.

SEGISMUNDO: Acciones vanas, querer que tengo yo respeto a canas; pues aun éstas podría ser que viese a mis plantas algún día; porque aun no estoy vengado del modo injusto con que me has criado.

Vase SEGISMUNDO

BASILIO: Pues antes que lo veas, volverás a dormir adonde creas que cuanto te ha pasado, como fue bien del mundo, fue soñado.

Vase el rey BASILIO y CLOTALDO; quedan ESTRELLA y ASTOLFO

ASTOLFO: ¿Qué pocas veces el hado que dice desdichas, miente, pues es tan cierto en los males, cuanto dudoso en los bienes? ¡Qué buen astrólogo fuera, si siempre casos crueles anunciara; pues no hay duda que ellos fueran verdad siempre! Conocerse esa experiencia en mí y Segismundo puede, Estrella, pues en los dos hizo muestras diferentes. En él previno rigores, soberbias, desdichas, muertes, y en todo dijo verdad, porque todo, al fin, sucede; pero en mí, que al ver, señora, esos rayos excelentes, de quien el sol fue una sombra y el cielo un amago breve, que me previno venturas, trofeos, aplausos, bienes, dijo mal, y dijo bien; pues sólo es justo que acierte cuando amaga con favores, y ejecuta con desdenes.

ESTRELLA: No dudo que esas finezas son verdades evidentes; mas serán por otra dama, cuyo retrato pendiente trujisteis al cuello cuando llegasteis, Astolfo, a verme; y siendo así, esos requiebros ella sola los merece.

Acudid a que ella os pague, que no son buenos papeles en el consejo de amor las finezas ni las fees que se hicieron en servicio de otras damas y otros reyes.

Sale ROSAURA al paño

ROSAURA: (¡Gracias a Dios, que han llegado Aparte ya mis desdichas crüeles al término suyo, pues quien esto ve nada teme!)

ASTOLFO: Yo haré que el retrato salga del pecho, para que entre la imagen de tu hermosura. Donde entre Estrella no tiene lugar la sombra, ni estrella donde el sol; voy a traerle.

(Perdona, Rosaura hermosa, Aparte este agravio, porque ausentes, no se guardan más fe que ésta los hombres y las mujeres).

Vase ASTOLFO

ROSAURA: (Nada he podido escuchar, Aparte temerosa que me viese).

ESTRELLA: ¡Astrea!

ROSAURA: ¿Señora mía?

ESTRELLA: Heme holgado que tú fueses la que llegaste hasta aquí; porque de ti solamente fiara un secreto.

ROSAURA: Honras, señora, a quien te obedece.

ESTRELLA: En el poco tiempo, Astrea, que ya que te conozco, tienes de mi voluntad las llaves; por esto, y por ser quien eres, me atrevo a fiar de ti lo que aun de mí muchas veces recaté.

ROSAURA: Tu esclava soy.

ESTRELLA: Pues para decirlo en breve, mi primo Astolfo -bastara que mi primo te dijese, porque hay cosas que se dicen con pensarlas solamente ha de casarse conmigo, si es que la fortuna quiere que con una dicha sola tantas desdichas descuente. Pesóme que el primer día echado al cuello trujese el retrato de una dama; habléle en él cortésmente, es galán y quiere bien; fue por él, y ha de traerle aquí. Embarázame mucho que él a mí a dármele llegue; quédate aquí, y cuando venga, le dirás que te lo entregue a ti. No te digo más; discreta y hermosa eres; bien sabrás lo que es amor.

Vase ESTRELLA

ROSAURA: ¡Ojalá no lo supiese! ¡Válgame el cielo! ¿Quién fuera tan atenta y tan prudente, que supiera aconsejarse hoy en ocasión tan fuerte? ¿Habría persona en el mundo a quien el cielo inclemente con más desdichas combata y con más pesares cerque? ¿Qué haré en tantas confusiones, donde imposible parece que halle razón que me alivie, ni alivio que me consuele? Desde la primer desdicha, no hay suceso ni accidente que otra desdicha no sea; que unas a otras suceden herederas de sí mismas. A la imitación del Fénix, unas de las otras nacen, viviendo de lo que mueren, y siempre de sus cenizas está el sepulcro caliente.

Que eran cobardes decía un sabio, por parecerle que nunca andaba una sola; yo digo que son valientes, pues siempre van adelante, y nunca la espalda vuelven.

Quien las llevare consigo a todo podrá atreverse, pues en ninguna ocasión no haya miedo que le dejen. Dígalo yo, pues en tantas como a

mi vida suceden, nunca me he hallado sin ellas, ni se han cansado hasta verme herida de la fortuna, en los brazos de la muerte.

¡Ay de mí! ¿Qué debo hacer hoy en la ocasión presente? Si digo quién soy, Clotaldo, a quien mi vida le debe este amparo y este honor, conmigo ofenderse puede; pues me dice que callando honor y remedio espere. Si no he de decir quién soy a Astolfo, y él llega a verme, ¿cómo he de disimular? Pues, aunque fingirlo intenten la voz, la lengua, y los ojos, les dirá el alma que mienten. ¿Qué haré? ¿Mas para qué estudio lo que haré, si es evidente que por más que lo prevenga, que lo estudie y que lo piense, en llegando la ocasión ha de hacer lo que quisiere el dolor? Porque ninguno imperio en sus penas tiene. Y pues a determinar lo que he de hacer no se atreve el alma, llegue el dolor hoy a su término, llegue la pena a su extremo, y salga de dudas y pareceres de una vez; pero hasta entonces ¡valedme, cielos, valedme!

Sale ASTOLFO con el retrato

ASTOLFO: Éste es, señora, el retrato; mas ¡ay Dios!

ROSAURA: ¿Qué se suspende vuestra alteza? ¿Qué se admira?

ASTOLFO: De oírte, Rosaura, y verte.

ROSAURA: ¿Yo Rosaura? Hase engañado vuestra alteza, si me tiene por otra dama; que yo soy Astrea, y no merece mi humildad tan grande dicha que esa turbación le cueste.

ASTOLFO: Basta, Rosaura, el engaño, porque el alma nunca miente, y aunque como a Astrea te mire, como a Rosaura te quiere.

ROSAURA: No he entendido a vuestra alteza, y así, no sé responderle; sólo lo que yo diré es que Estrella -que lo puede ser de Venus- me mandó que en esta parte le espere, y de la suya le diga que aquel retrato me entregue -que está muy puesto en razón-, y yo misma se lo lleve. Estrella lo quiere así, porque aun las cosas más leves como sean en mi daño es Estrella quien las quiere.

ASTOLFO: Aunque más esfuerzos hagas, ¡oh, qué mal, Rosaura, puedes disimular! Di a los ojos que su música concierten con la voz; porque es forzoso que desdiga y que disuene tan destemplado instrumento, que ajustar y medir quiere la falsedad de quien dice, con la verdad de quien siente.

ROSAURA: Ya digo que sólo espero el retrato.

ASTOLFO: Pues que quieres llevar al fin el engaño, con él quiero responderte. Dirásle, Astrea, a la infanta que yo la estimo de suerte, que, pidiéndome un retrato, poca fineza parece enviársele, y así, porque le estime y le precie le envío el original; y tú llevársele puedes, pues ya le llevas contigo, como a ti misma te llevas.

ROSAURA: Cuando un hombre se dispone, restado, altivo y valiente, a salir con una empresa aunque por trato le entreguen lo que valga más, sin ella necio y desairado vuelve. Yo vengo por un retrato y aunque un original lleve que vale más, volveré desairada; y así, déme vuestra alteza ese retrato, que sin él no he de volverme.

ASTOLFO: ¿Pues cómo, si no he de darle, le has de llevar?

ROSAURA: De esta suerte, suéltale, ingrato.

ASTOLFO: Es en vano.

ROSAURA: ¡Vive Dios, que no ha de verse en mano de otra mujer!

ASTOLFO: Terrible estás.

ROSAURA: Y tú aleve.

ASTOLFO: Ya basta, Rosaura mía.

ROSAURA: ¿Yo tuya, villano? Mientes.

Sale ESTRELLA

ESTRELLA: Astrea, Astolfo, ¿qué es esto?

ASTOLFO: (Aquésta es Estrella). Aparte

ROSAURA: (Déme Aparte para cobrar mi retrato ingenio el Amor). Si quieres saber lo que es, yo, señora, te lo diré.

ASTOLFO: ¿Qué pretendes?

ROSAURA: Mandásteme que esperase aquí a Astolfo, y le pidiese un retrato de tu parte. Quedé sola, y como vienen de unos discursos a otros las noticias fácilmente, viéndote hablar de retratos, con su memoria acordéme de que tenía uno mío en la manga. Quise verle, porque una persona sola con locuras se divierte; cayóseme de la mano al suelo; Astolfo, que viene a entregarte el de otra dama, le levantó, y tan rebelde está en dar el que le pides, que en vez de dar uno, quiere llevar otro; pues el mío aun no es posible volverme, con ruegos y persuasiones; colérica e impaciente yo se le quise quitar. Aquél que en la mano tiene, es mío; tú lo verás con ver si se me parece.

ESTRELLA: Soltad, Astolfo, el retrato. Quítasele

ASTOLFO: Señora...

ESTRELLA: No son crüeles, a la verdad, los matices.

ROSAURA: ¿No es mío?

ESTRELLA: ¿Qué duda tiene?

ROSAURA: Di que ahora te entregue el otro.

ESTRELLA: Tomas tu retrato, y vete.

ROSAURA: (Yo he cobrado mi retrato, Aparte venga ahora lo que viniere).

Vase ROSAURA

ESTRELLA: Dadme ahora el retrato vos que os pedí; que aunque no piense veros ni hablaros jamás, no quiero, no, que se quede en vuestro poder, siguiera porque yo tan neciamente le he pedido.

ASTOLFO: (¿Cómo puedo Aparte salir de lance tan fuerte?) Aunque quiera, hermosa Estrella, servirte y obedecerte, no podré darte el retrato que me pides, porque...

ESTRELLA: Eres villano y grosero amante. No quiero que me le entregues; porque yo tampoco quiero, con tomarle, que me acuerdes de que yo te le he pedido.

Vase ESTRELLA

ASTOLFO: Oye, escucha, mira, advierte. ¡Válgame Dios por Rosaura! ¿Dónde, cómo, o de qué suerte hoy a Polonia has venido a perderme y a perderte?

Vase ASTOLFO[editar]

(En la torre de SEGISMUNDO)

Descúbrese SEGISMUNDO, como al principio, con pieles y cadena, durmiendo en el suelo; salen CLOTALDO, CLARÍN y los dos criados

CLOTALDO: Aquí le habéis de dejar pues hoy su soberbia acaba donde empezó.

CRIADO 1: Como estaba, la cadena vuelvo a atar.

CLARÍN: No acabes de despertar, Segismundo, para verte perder, trocada la suerte siendo tu gloria fingida, una sombra de la vida y una llama de la muerte.

CLOTALDO: A quien sabe discurrir, así, es bien que se prevenga una estancia, donde tenga harto lugar de argüir. Éste es el que habéis de asir y en ese cuarto encerrar.

CLARÍN: ¿Por qué a mí?

CLOTALDO: Porque ha de estar guardado en prisión tan grave, Clarín que secretos sabe, donde no pueda sonar.

CLARÍN: ¿Yo, por dicha, solicito dar muerte a mi padre? No. ¿Arrojé del balcón yo al Icaro de poquito? ¿Yo muero ni resucito? ¿Yo sueño o duermo? ¿A qué fin me encierran?

CLOTALDO: Eres Clarín.

CLARÍN: Pues ya digo que seré corneta, y que callaré, que es instrumento ruín. Llévanle a CLARÍN. Sale el rey BASILIO, rebozado

BASILIO: ¿Clotaldo?

CLOTALDO: ¡Señor! ¿Así viene vuestra majestad?

BASILIO: La necia curiosidad de ver lo que pasa aquí a Segismundo, ¡ay de mí! de este modo me ha traído.

CLOTALDO: Mírale allí, reducido a su miserable estado.

BASILIO: ¡Ay, príncipe desdichado y en triste punto nacido! Llega a despertarle, ya que fuerza y vigor perdió con el opio que bebió.

CLOTALDO: Inquieto, señor, está, y hablando.

BASILIO: ¿Qué soñará ahora? Escuchemos, pues. En sueños

SEGISMUNDO: Piadoso príncipe es el que castiga tiranos; muera Clotaldo a mis manos, bese mi padre mis pies.

CLOTALDO: Con la muerte me amenaza.

BASILIO: A mí con rigor y afrenta.

CLOTALDO: Quitarme la vida intenta.

BASILIO: Rendirme a sus plantas traza.

SEGISMUNDO: Salga a la anchurosa plaza del gran teatro del mundo este valor sin segundo; porque mi venganza cuadre, vean triunfar de su padre al príncipe Segismundo. Despierta

SEGISMUNDO Mas, ¡ay de mí! ¿Dónde estoy?

BASILIO: Pues a mí no me ha de ver; ya sabes lo que has de hacer. Desde allí a escucharle voy.

Retírase el rey BASILIO

SEGISMUNDO: ¿Soy yo por ventura? ¿Soy el que preso y aherrojado llego a verme en tal estado? ¿No sois mi sepulcro vos, torre? Sí.

¡Válgame Dios, qué de cosas he soñado!

CLOTALDO: (A mí me toca llegar, Aparte a hacer la desecha agora).

SEGISMUNDO: ¿Es ya de despertar hora?

CLOTALDO: Sí, hora es ya de despertar. ¿Todo el día te has de estar durmiendo? ¿Desde que yo al águila que voló con tarda vista seguí y te quedaste tú aquí, nunca has despertado?

SEGISMUNDO: No. Ni aun agora he despertado; que según, Clotaldo, entiendo, todavía estoy durmiendo, y no estoy muy engañado; porque si ha sido soñado lo que vi palpable y cierto, lo que veo será incierto; y no es mucho que, rendido, pues veo estando dormido, que sueñe estando despierto.

CLOTALDO: Lo que soñaste me di.

SEGISMUNDO: Supuesto que sueño fue, no diré lo que soñé; lo que vi, Clotaldo, sí. Yo desperté, y yo me vi, -¡qué crueldad tan lisonjera!- en un lecho, que pudiera con matices y colores ser el catre de las flores que tejió la primavera.

Aquí mil nobles, rendidos a mis pies nombre me dieron de su príncipe, y sirvieron galas, joyas y vestidos. La calma de mis sentidos tú trocaste en alegría, diciendo la dicha mía; que, aunque estoy de esta manera, príncipe en Polonia era.

CLOTALDO: Buenas albricias tendría.

SEGISMUNDO: No muy buenas; por traidor, con pecho atrevido y fuerte dos veces te daba muerte.

CLOTALDO: ¿Para mí tanto rigor?

SEGISMUNDO: De todos era señor, y de todos me vengaba; sólo a una mujer amaba... que fue verdad, creo yo, en que todo se acabó, y esto sólo no se acaba.

Vase el rey BASILIO

CLOTALDO: (Enternecido se ha ido Aparte el rey de haberle escuchado). Como habíamos hablado de aquella águila, dormido, tu sueño imperios han sido; mas en sueños fuera bien entonces honrar a quien te crió en tantos empeños, Segismundo, que aun en sueños no se pierde el hacer bien.

Vase CLOTALDO

SEGISMUNDO: Es verdad; pues reprimamos esta fiera condición, esta furia, esta ambición, por si alguna vez soñamos; y sí haremos, pues estamos en mundo tan singular, que el vivir sólo es soñar; y la

experiencia me enseña que el hombre que vive, sueña lo que es, hasta despertar.

Sueña el rey que es rey, y vive con este engaño mandando, disponiendo y gobernando; y este aplauso, que recibe prestado, en el viento escribe, y en cenizas le convierte la muerte, ¡desdicha fuerte!

¡Que hay quien intente reinar, viendo que ha de despertar en el sueño de la muerte! Sueña el rico en su riqueza, que más cuidados le ofrece; sueña el pobre que padece su miseria y su pobreza; sueña el que a medrar empieza, sueña el que afana y pretende, sueña el que agravia y ofende, y en este mundo, en conclusión, todos sueñan lo que son, aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí de estas prisiones cargado, y soñé que en otro estado más lisonjero me vi. ¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ficción, una sombra, una ilusión, y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

Acto III

TERCER ACTO

(En la torre)

Sale CLARÍN

CLARÍN: En una encantada torre, por lo que sé, vivo preso. ¿Qué me harán por lo que ignoro si por lo que sé me han muerto? ¡Que un hombre con tanta hambre viniese a morir viviendo! Lástima tengo de mí. Todos dirán: "bien lo creo;" y bien se puede creer, pues para mí este silencio no conforma con el nombre Clarín, y callar no puedo.

Quien me hace compañía aquí, si a decirlo acierto, son arañas y ratones. ¡Miren qué dulces jilgueros! De los sueños de esta noche la triste cabeza tengo llena de mil chirimías, de trompetas y embelecós, de procesiones, de cruces, de disciplinantes; y éstos unos suben, otros bajan, otros se desmayan, viendo la sangre que llevan otros; mas yo, la verdad diciendo, de no comer me desmayo; que en esta prisión me veo, donde ya todos los días en el filósofo leo Nicomedes, y las noches en el concilio Niceno. Si llaman santo al callar, como en calendario nuevo San Secreto

es para mí, pues le ayuno y no le huelgo; aunque está bien merecido el castigo que padezco, pues callé, siendo criado, que es el mayor sacrilegio. Ruido de cajas y gente, y dicen dentro

SOLDADO 1º: Ésta es la torre en que está. Echad la puerta en el suelo; entrad todos.

CLARÍN: ¡Vive Dios! Que a mí me buscan, es cierto, pues que dicen que aquí estoy. ¿Qué me querrán?

Salen los soldados que pudieren

SOLDADO 1º Entrad dentro.

SOLDADO 2º: Aquí está.

CLARÍN: No está.

TODOS: Señor...

CLARÍN: (¿Si vienen borrachos éstos?) Aparte

SOLDADO 2º: Tú nuestro príncipe eres. Ni admitimos ni queremos sino al señor natural, y no príncipe extranjero. A todos nos da los pies.

TODOS: ¡Viva el gran príncipe nuestro!

CLARÍN: (¡Vive Dios, que va de veras! Aparte ¿Si es costumbre en este reino prender uno cada día y hacerle príncipe, y luego volverle a la torre? Sí, pues cada día lo veo; fuerza es hacer mi papel).

TODOS: Danos tus plantas.

CLARÍN: No puedo, porque las he menester para mí, y fuera defecto ser príncipe desplantado.

SOLDADO 1º: Todos a tu padre mismo le dijimos que a ti solo por príncipe conocemos, no al de Moscovia.

CLARÍN: ¿A mi padre le perdisteis el respeto? Sois unos tales por cuales.

SOLDADO 1º: Fue lealtad de nuestros pechos.

CLARÍN: Si fue lealtad, yo os perdono.

SOLDADO 2º: Sal a restaurar tu imperio. ¡Viva Segismundo!

TODOS: ¡Viva!

CLARÍN: (¿Segismundo dicen? ¡Bueno! Aparte Segismundo llaman todos los príncipes contrahechos).

Sale SEGISMUNDO

SEGISMUNDO: ¿Quién nombra aquí a Segismundo?

CLARÍN: (¡Mas que soy príncipe huero!) Aparte

SOLDADO 2º: ¿Quién es Segismundo?

SEGISMUNDO: Yo.

SOLDADO 2º: ¿Pues, cómo, atrevido y necio, tú te hacías Segismundo?

CLARÍN: ¿Yo Segismundo? Eso niego, que vosotros fuisteis quien me segismundeasteis, luego vuestra ha sido solamente necedad y atrevimiento.

SOLDADO 1º: Gran príncipe Segismundo -que las señas que traemos tuyas son, aunque por fe te aclamamos señor nuestro-, tu padre, el gran rey Basilio, temeroso que los cielos cumplan un hado, que dice que ha de verse a tus pies puesto, vencido de ti, pretende quitarte acción y derecho y dársela a Astolfo, duque de Moscovia. Para esto juntó su corte, y el vulgo, penetrando ya, y sabiendo que tiene rey natural, no quiere que un extranjero venga a mandarle. Y así, haciendo noble desprecio de la inclemencia del hado, te ha buscado donde preso vives, para que valido de sus armas, y saliendo de esta torre a restaurar tu imperial corona y cetro, se la quites a un tirano. Sal, pues; que en ese desierto, ejército numeroso de bandidos y plebeyos te aclama. La libertad te espera. Oye sus acentos.

DENTRO: ¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO: ¿Otra vez? ¿Qué es esto cielos? ¿Queréis que sueñe grandezas que ha de deshacer el tiempo? ¿Otra vez queréis que vea entre sombras y bosquejos la majestad y la pompa desvanecida del viento? ¿Otra vez queréis que toque el desengaño o el riesgo a que el humano poder nace humilde y vive atento? Pues no ha de ser, no ha de ser. Miradme otra vez sujeto a mi fortuna; y pues sé que toda esta vida es sueño, idos, sombras, que fingís hoy a mis sentidos muertos cuerpo y voz, siendo verdad que ni tenéis voz ni cuerpo; que no quiero majestades fingidas, pompas no quiero, fantásticas ilusiones que al soplo menos ligero del aura han de deshacerse, bien como el florido almendro, que por madrugar sus flores, sin aviso y sin consejo, al primero soplo se apagan, marchitando y desluciendo de sus rosados capullos belleza, luz y ornamento. Ya os conozco, ya os conozco, y sé que os pasa lo mismo con cualquiera que se duerme; para mí no hay fingimientos; que, desengañado ya, sé bien que la vida es sueño.

SOLDADO 2º: Si piensas que te engañamos, vuelve a ese monte soberbio los ojos, para que veas la gente que aguarda en ellos para obedecerte.

SEGISMUNDO: Ya otra vez vi aquesto mesmo tan clara y distintamente como agora lo estoy viendo, y fue sueño.

SOLDADO 2º: Cosas grandes siempre, gran señor, trujeron anuncios; y esto sería, si lo soñaste primero.

SEGISMUNDO: Dices bien. Anuncio fue y caso que fuese cierto, pues la vida es tan corta, soñemos, alma, soñemos otra vez; pero ha de ser con atención y consejo de que hemos de despertar de este gusto al mejor tiempo; que llevándolo sabido, será el desengaño menos; que es hacer burla del daño adelantarle el consejo. Y con esta prevención, de que cuando fuese cierto, es todo el poder prestado y ha de volverse a su dueño, atrevámonos a todo. Vasallos, yo os agradezco la lealtad; en mí lleváis quien os libre, osado y diestro, de extranjera esclavitud. Tocad al arma, que presto veréis mi inmenso valor. Contra mi padre pretendo tomar armas, y sacar verdaderos a los cielos. Presto he de verle a mis plantas...

(Mas si antes de esto despierto, Aparte ¿no será bien no decirlo, supuesto que no he de hacerlo?)

TODOS: ¡Viva Segismundo, viva!

Sale CLOTALDO[editar]

CLOTALDO: ¿Qué alboroto es éste, cielos?

SEGISMUNDO: Clotaldo.

CLOTALDO: Señor... (En mí Aparte su rigor prueba).

CLARÍN: (Yo apuesto Aparte que le despeña del monte).

Vase CLARÍN

CLOTALDO: A tus reales plantas llevo, ya sé que a morir.

SEGISMUNDO: Levanta, levanta, padre, del suelo; que tú has de ser norte y guía de quien fíe mis aciertos; que ya sé que mi crianza a tu mucha lealtad debo. Dame los brazos.

CLOTALDO: ¿Qué dices?

SEGISMUNDO: Que estoy soñando, y que quiero obrar bien, pues no se pierde obrar bien, aun entre sueños.

CLOTALDO: Pues, señor, si el obrar bien es ya tu blasón, es cierto que no te ofenda el que yo hoy solicite lo mismo. ¡A tu padre has de hacer guerra! Yo aconsejarte no puedo contra mi rey, ni valerte. A tus plantas estoy puesto; dame la muerte.

SEGISMUNDO: ¡Villano, traidor, ingrato! (Mas, ¡cielos!, Aparte reportarme me conviene, que aún no sé si estoy despierto). Clotaldo, vuestro valor os envidio y agradezco. Idos a servir al rey que en el campo nos veremos. Vosotros, tocad al arma.

CLOTALDO: Mil veces tus plantas beso.

SEGISMUNDO: A reinar, Fortuna, vamos; no me despiertes, si duermo, y si es verdad, no me duermas. Mas, sea verdad o sueño, obrar bien es lo que importa. Si fuere verdad, por serlo; si no, por ganar amigos para cuando despertemos.

Vanse y tocan al arma (Salón del palacio real)

Salen el rey BASILIO y ASTOLFO

BASILIO: ¿Quién, Astolfo, podrá parar prudente la furia de un caballo desbocado? ¿Quién detener de un río la corriente que corre al mar soberbio y despeñado? ¿Quién un peñasco suspender, valiente, de la cima de un monte desgajado? Pues todo fácil de parar ha sido y un vulgo no, soberbio y atrevido. Dígalo en bandos el rumor partido, pues se oye resonar en lo profundo de los montes el eco repetido; unos ¡Astolfo!, y otros ¡Segismundo! El dosel de la jura, reducido a segunda intención, a horror segundo, teatro funesto es, donde importuna representa tragedias la Fortuna.

ASTOLFO: Suspéndase, señor, la alegría; cese el aplauso y gusto lisonjero que tu mano feliz me prometía; que si Polonia, a quien mandar espero, hoy se resiste a la obediencia mía, es porque la merezca yo primero. Dadme un caballo, y de arrogancia lleno, rayo descienda el que blasona trueno.

Vase ASTOLFO

BASILIO: Poco reparo tiene lo infalible, y mucho riesgo lo previsto tiene; y si ha de ser, la defensa es imposible de quien la excusa más, más la previene. ¡Dura ley! ¡Fuerte caso! ¡Horror terrible! quien piensa que huye el riesgo, al riesgo viene; con lo que yo guardaba me he perdido; yo mismo, yo mi patria he destruido.

Sale ESTRELLA

ESTRELLA: Si tu presencia, gran señor, no trata de enfrenar el tumulto sucedido, que de uno en otro bando se dilata, por las calles y plazas dividido, verás tu reino en ondas de escarlata nadar, entre la púrpura teñido de su sangre; que ya con triste modo, todo es desdichas y tragedias todo. Tanta es la ruina de tu imperio, tanta la fuerza del rigor duro y sangriento, que visto admira, y escuchado espanta; el sol se turba y se embaraza el viento; cada piedra una pirámide levanta, y cada flor construye un monumento; cada edificio es un sepulcro altivo, cada soldado un esqueleto vivo.

Sale CLOTALDO

CLOTALDO: ¡Gracias a Dios que vivo a tus pies llevo!

BASILIO: Clotaldo, ¿pues qué hay de Segismundo?

CLOTALDO: Que el vulgo, monstruo despeñado y ciego, la torre penetró, y de lo profundo de ella sacó su príncipe, que luego que vio segunda vez su honor segundo, valiente se mostró, diciendo fiero que ha de sacar al cielo verdadero.

BASILIO: Dadme un caballo, porque yo en persona vencer valiente a un hijo ingrato quiero; y en la defensa ya de mi corona, lo que la ciencia erró, venza el acero.

Vase el rey BASILIO

ESTRELLA: Pues yo al lado del sol seré Belona. Poner mi nombre junto al tuyo espero; que he de volar sobre tendidas alas a competir con la deidad de Palas.

Vase ESTRELLA, y tocan al arma. Sale ROSAURA y detiene a

CLOTALDO[editar]

ROSAURA: Aunque el valor que se encierra en tu pecho, desde allí da voces, óyeme a mí, que yo sé que todo es guerra. Ya sabes que yo llegué pobre, humilde y desdichada a Polonia, y amparada de tu valor, en ti halle piedad; mandástemme, ¡ay cielos!, que disfrazada viviese en palacio, y pretendiese disimulando mis celos, guardarme de Astolfo. En fin, él me vio, y tanto atropella mi honor, que viéndome, a Estrella de noche habla en un jardín; de éste la llave he tomado, y te podré dar lugar de que en él puedas entrar a dar fin a mi cuidado. Aquí, altivo, osado y

fuerte, volver por mi honor podrás, pues que ya resuelto estás a vengarme con su muerte.

CLOTALDO: Verdad es que me incliné desde el punto que te vi, a hacer, Rosaura, por ti -testigo tu llanto fue cuanto mi vida pudiese. Lo primero que intenté quitarte aquel traje fue; porque, si Astolfo te viese, te viese en tu propio traje, sin juzgar a liviandad la loca temeridad que hace del honor ultraje.

En este tiempo trazaba cómo cobrar se pudiese tu honor perdido, aunque fuese -tanto tu honor me arrestaba dando muerte a Astolfo. ¡Mira qué caduco desvarío! Si bien, no siendo rey mío, ni me asombra ni me admira. Darle pensé muerte, cuando Segismundo pretendió dármele a mí, y él llegó su peligro atropellando, a hacer en defensa mía muestras de su voluntad, que fueron temeridad pasando de valentía. Pues ¿cómo yo agora -advierde-, teniendo alma agradecida, a quien me ha dado la vida le tengo de dar la muerte? Y así, entre los dos partidos el afecto y el cuidado, viendo que a ti te la he dado, y que de él la he recibido, no sé a qué parte acudir, no sé qué parte ayudar. Si a ti me obligué con dar, de él lo estoy con recibir, y así, en la acción ofrece, nada a mi amor satisface, porque soy persona que hace, y persona que padece.

ROSAURA: No tengo que prevenir que en un varón singular, cuanto es noble acción el dar, es bajeza el recibir. Y este principio asentado, no has de estarle agradecido, supuesto que si él ha sido el que la vida te ha dado, y tú a mí, evidente cosa es que él forzó tu nobleza a que hiciese una bajeza, y yo una acción generosa. Luego estás de él ofendido, luego estás de mí obligado, supuesto que a mí me has dado lo que de él has recibido; y así debes acudir a mi honor en riesgo tanto, pues yo le prefiero, cuanto va de dar a recibir.

CLOTALDO: Aunque la nobleza vive de la parte del que da, el agradecerle está de parte del que recibe; y pues ya dar he sabido, ya tengo con nombre honroso el nombre de generoso; déjame el de agradecido, pues le puedo conseguir siendo agradecido, cuanto liberal, pues honra tanto el dar como el recibir.

ROSAURA: De ti recibí la vida, y tú mismo me dijiste, cuando la vida me diste, que la que estaba ofendida no era vida; luego yo nada de ti he recibido; pues vida no vida ha sido la que tu mano me dio. Y si debes ser

primero liberal que agradecido -como de ti mismo he oído-, que me des la vida espero, que no me la has dado; y pues el dar engrandece más, sé antes liberal; serás agradecido después.

CLOTALDO: Vencido de tu argumento antes liberal seré. Yo, Rosaura, te daré mi hacienda, y en un convento vive; que está bien pensado el medio que solicito; pues huyendo de un delito, te recoges a un sagrado, que cuando tan dividido, el reino desdichas siente, no he de ser quien las aumente, habiendo noble nacido. Con el remedio elegido soy con el reino leal, soy contigo liberal, con Astolfo, agradecido; y así escogerle te cuadre, quedándose entre los dos que no hiciera, ¡vive Dios!, más, cuando fuera tu padre.

ROSAURA: Cuando tú mi padre fueras, sufriera esa injuria yo; pero no siéndolo, no.

CLOTALDO: ¿Pues qué es lo que hacer esperas?

ROSAURA: Matar al duque.

CLOTALDO: ¿Una dama que padres no ha conocido, tanto valor ha tenido?

ROSAURA: Sí.

CLOTALDO: ¿Quién te alienta?

ROSAURA: ¡Mi fama!

CLOTALDO: Mira que a Astolfo has de ver...

ROSAURA: Todo mi honor lo atropella.

CLOTALDO: ...tu rey, y esposo de Estrella.

ROSAURA: ¡Vive Dios, que no ha de ser!

CLOTALDO: Es locura.

ROSAURA: Ya lo veo.

CLOTALDO: Pues véncela.

ROSAURA: No podré.

CLOTALDO: Pues perderás...

ROSAURA: Ya lo sé.

CLOTALDO: ...vida y honor.

ROSAURA: Bien lo creo.

CLOTALDO: ¿Qué intentas?

ROSAURA: Mi muerte.

CLOTALDO: Mira que ese es despecho.

ROSAURA: Es honor.

CLOTALDO: Es desatino.

ROSAURA: Es valor.

CLOTALDO: Es frenesí.

ROSAURA: Es rabia, es ira.

CLOTALDO: En fin, ¿que no se da medio a tu ciega pasión.

ROSAURA: No.

CLOTALDO: ¿Quién ha de ayudarte?

ROSAURA: Yo.

CLOTALDO: ¿No hay remedio?

ROSAURA: No hay remedio.

CLOTALDO: Piensa bien si hay otros modos...

ROSAURA: Perderme de otra manera.

Vase ROSAURA[editar]

CLOTALDO: Pues si has de perderte, espera, hija, y perdámonos todos.

Vase CLOTALDO

(Campo)

Tocan y salen, marchando, soldados, CLARÍN y SEGISMUNDO, vestido de pieles

SEGISMUNDO: Si este día me viera Roma en los triunfos de su edad primera, ¡oh cuánto se alegrara viendo lograr una ocasión tan rara de tener una fiera que sus grandes ejércitos rigiera, a cuyo altivo aliento fuera poca conquista el firmamento! Pero el vuelo abatamos, espíritu; no así desvanecemos a questo aplauso incierto, si ha de pesarme cuando esté despierto, de haberlo conseguido para haberlo perdido; pues mientras menos fuere, menos se sentirá si se perdiere. Dentro suena un clarín

CLARÍN: En un veloz caballo -perdóname, que fuerza es el pintallo en viniéndome a cuento-, en quien un mapa se dibuja atento, pues el cuerpo es la tierra, el fuego el alma que en el pecho encierra, la espuma el mar, el aire su suspiro, en cuya confusión un caos admiro; pues en el alma, espuma, cuerpo, aliento, monstruo es de fuego, tierra, mar y viento; de color remendado, rucio, y a su propósito rodado, del que bate la espuela; que en vez de correr, vuela; a tu presencia llega airosa una mujer.

SEGISMUNDO: Su luz me ciega.

CLARÍN: ¡Vive Dios, que es Rosaura!

Vase CLARÍN

SEGISMUNDO: El cielo a mi presencia la restaura.

Sale ROSAURA, con vaquero, espada y daga

ROSAURA: Generoso Segismundo, cuya majestad heroica sale al día de sus hechos de la noche de sus sombras; y como el mayor planeta, que en los brazos de la Aurora se restituye luciente a las flores y a las rosas, y sobre mares y montes, cuando coronado asoma, luz esparce, rayos brilla, cumbres baña, espumas borda; así amanezcas al mundo, luciente sol de Polonia, que a una mujer infelice, que hoy a tus plantas se arroja, ampires, por ser mujer y desdichada; dos cosas, que para obligar a un hombre que de valiente blasona, cualquiera de las dos basta, de las dos cualquiera sobra.

Tres veces son las que ya me admiras, tres las que ignoras quién soy, pues las tres me has visto en diverso traje y forma.

La primera me creíste varón, en la rigurosa prisión, donde fue tu vida de mis desdichas lisonja. La segunda me admiraste mujer, cuando fue la pompa de tu majestad un sueño, una fantasma, una sombra. La tercera es hoy, que siendo monstruo de una especie y otra, entre galas de mujer, armas de varón me adornan. Y porque, compadecido mejor mi amparo dispongas, es bien que de mis sucesos trágicas fortunas oigas. De noble madre nací en la corte de Moscovia, que, según fue desdichada, debió de ser muy hermosa.

En ésta puso los ojos un traidor, que no le nombra mi voz por no conocerle, de cuyo valor me informa el mío; pues siendo objeto de su idea, siento agora no haber nacido gentil, para persuadirme, loca, a que fue algún dios de aquellos que en Metamorfosis lloran -lluvia de oro, cisne y toro- Dánae, Leda y Europa.

Cuando pensé que alargaba, citando alevés historias, el discurso, halle que en él te he dicho en razones pocas que mi madre, persuadida a finezas amorosas, fue, como ninguna, bella, y fue infeliz como todas. Aquella necia disculpa de fe y palabra de esposa la alcanza tanto, que aun hoy el pensamiento la cobra; habiendo sido un tirano tan Eneas de su Troya, que la dejó hasta la espada. Enváinese aquí su hoja, que yo la

desnudaré antes que acabe la historia. De éste, pues, mal dado nudo que ni ata ni aprisiona, o matrimonio o delito, si bien todo es una cosa, nació yo tan parecida, que fui un retrato, una copia, ya que en la hermosura no, en la dicha y en las obras; y así, no habré menester decir que, poco dichosa, heredera de fortunas, corrí con ella una propia. Lo más que podré decirte de mí, es el dueño que roba los trofeos de mi honor, los despojos de mi honra.

Astolfo... ¡ay de mí!, al nombrarle se encoleriza y se enoja el corazón, propio efecto de que enemigo se nombra. Astolfo fue el dueño ingrato que, olvidado de las glorias -porque en un pasado amor se olvida hasta la memoria-, vino a Polonia llamado de su conquista famosa, a casarse con Estrella, que fue de mi ocaso antorcha. ¿Quién creerá que habiendo sido una estrella quien conforma dos amantes, sea una Estrella la que los divide ahora? Yo ofendida, yo burlada, quedé triste, quedé loca, quedé muerta, quedé yo, que es decir, que quedó toda la confusión del infierno cifrada en mi Babilonia; y declarándome muda, porque hay penas y congojas que las dicen los afectos mucho mejor que la boca, dije mis penas callando, hasta que una vez a solas, Violante, mi madre, ¡ay cielos!, rompió la prisión, y en tropa del pecho salieron juntas, tropezando unas con otras. No me embaracé en decirlas; que en sabiendo una persona que, a quien sus flaquezas cuenta, ha sido cómplice en otras, parece que ya le hace la salva y le desahoga; que a veces el mal ejemplo sirve de algo. En fin, piadosa oyó mis quejas, y quiso consolarme con las propias; juez que ha sido delincuente, ¡qué fácilmente perdona!, y escarmentando en sí misma, y por negar a la ociosa libertad, al tiempo fácil, el remedio de su honra, no le tuvo en mis desdichas; por mejor consejo toma que le siga, y que le obligue, con finezas prodigiosas, a la deuda de mi honor; y para que a menos cosa fuese, quiso mi fortuna que en traje de hombre me ponga. Descolgó una antigua espada, que es ésta que ciño. Agora es tiempo que se desnude, como prometí, la hoja, pues confiada en sus señas, me dijo, "Parte a Polonia, y procura que te vean ese acero que te adorna, los más nobles; que en alguno podrá ser que hallen piadosa acogida tus fortunas, y consuelo tus congojas." Llegué a Polonia, en efecto; pasemos, pues que no importa el decirlo, y ya se sabe, que un bruto que se desboca me

llevó a tu cueva, adonde tú de mirarme te asombras. Pasemos que allí Clotaldo de mi parte se apasiona, que pide mi vida al rey, que el rey mi vida le otorga, que, informado de quién soy, me persuade a que me ponga mi propio traje, y que sirva a Estrella, donde ingeniosa estorbé el amor de Astolfo y el ser Estrella su esposa. Pasemos que aquí me viste otra vez confuso, y otra con el traje de mujer confundiste entrambas formas; y vamos a que Clotaldo, persuadido a que le importa que se casen y que reinen Astolfo y Estrella hermosa, contra mi honor me aconseja que la pretensión deponga. Yo, viendo que tú, ¡oh valiente Segismundo!, a quien hoy toca la venganza, pues el cielo quiere que la cárcel rompas de esa rústica prisión, donde ha sido tu persona al sentimiento una fiera, al sufrimiento una roca, las armas contra tu patria y contra tu padre tomas, vengo a ayudarte, mezclando entre las galas costosas de Diana, los arneses de Palas, vistiendo agora, ya la tela y ya el acero, que entrambos juntos me adornan. Ea, pues, fuerte caudillo, a los dos juntos importa impedir y deshacer estas concertadas bodas: a mí, porque no se case el que mi esposo se nombra, y a ti, porque estando juntos sus dos estados, no pongan con más poder y más fuerza en duda nuestra victoria. Mujer, vengo a persuadirte al remedio de mi honra; y varón, vengo a alentarte a que cobres tu corona. Mujer, vengo a enter necerte cuando a tus plantas me ponga, y varón, vengo a servirte cuando a tus gentes socorra. Mujer, vengo a que me valgas en mi agravio y mi congoja, y varón, vengo a valerte con mi acero y mi persona. Y así, piensa que si hoy como a mujer me enamoras, como varón te daré la muerte en defensa honrosa de mi honor; porque he de ser, en su conquista amorosa, mujer para darte quejas, varón para ganar honras.

SEGISMUNDO: (Cielos, si es verdad que sueño, Aparte suspendedme la memoria, que no es posible que quepan en un sueño tantas cosas. ¡Válgame Dios, quién supiera, o saber salir de todas, o no pensar en ninguna! ¿Quién vio penas tan dudosas: Si soñé aquella grandeza en que me vi, ¿cómo agora esta mujer me refiere unas señas tan notorias? Luego fue verdad, no sueño; y si fue verdad -que es otra confusión y no menor-, ¿cómo mi vida le nombra sueño? Pues, ¿tan parecidas a los sueños son las glorias, que las verdaderas son tenidas por mentirosas, y

las fingidas por ciertas? ¡Tan poco hay de unas a otras que hay cuestión sobre saber si lo que se ve y se goza es mentira o es verdad! ¿Tan semejante es la copia al original, que hay duda en saber si es ella propia? Pues si es así, y ha de verse desvanecida entre sombras la grandeza y el poder, la majestad, y la pompa, sepamos aprovechar este rato que nos toca, pues sólo se goza en ella lo que entre sueños se goza. Rosaura está en mi poder; su hermosura el alma adora; gocemos, pues, la ocasión; el amor las leyes rompa del valor y confianza con que a mis plantas se postra. Esto es sueño; y pues lo es, soñemos dichas agora, que después serán pesares. Mas ¡con mis razones propias vuelvo a convencerme a mí! Si es sueño, si es vanagloria, ¿quién por vanagloria humana pierde una divina gloria? ¿Qué pasado bien no es sueño? ¿Quién tuvo dichas heroicas que entre sí no diga, cuando las revuelve en su memoria: "sin duda que fue soñado cuanto vi?" Pues si esto toca mi desengaño, si sé que es el gusto llama hermosa, que la convierte en cenizas cualquiera viento que sopla, acudamos a lo eterno; que es la fama vividora donde ni duermen las dichas, ni las grandezas reposan. Rosaura está sin honor; más a un príncipe le toca el dar honor que quitarle. ¡Vive Dios!, que de su honra he de ser conquistador, antes que de mi corona. Huyamos de la ocasión, que es muy fuerte). A un soldado[editar] ¡Al arma toca que hoy de dar la batalla, antes que a las negras sombras sepulten los rayos de oro entre verdinegras ondas.

ROSAURA: ¡Señor! ¿Pues así te ausentas? ¿Pues ni una palabra sola no te debe mi cuidado, ni merece mi congoja? ¿Cómo es posible, señor, que ni me miras ni oigas? ¿Aun no me vuelves el rostro?

SEGISMUNDO: Rosaura, al honor le importa, por ser piadoso contigo, ser cruel contigo agora. No te responde mi voz, porque mi honor te responda; no te hablo, porque quiero que te hablen por mí mis obras; ni te miro, porque es fuerza, en pena tan rigurosa, que no mire tu hermosura quien ha de mirar tu honra.

Vase SEGISMUNDO

ROSAURA: ¿Qué enigmas, cielos, son éstas? Después de tanto pesar, ¡aun me queda que dudar con equívocas respuestas!

Sale CLARÍN

CLARÍN: ¿Señora, es hora de verte?

ROSAURA: ¡Ay, Clarín! ¿Dónde has estado?

CLARÍN: En una torre encerrado brujuleando mi muerte, si me da, o no me da; y a figura que me diera pasante quínola fuera mi vida; que estuve ya para dar un estallido.

ROSAURA: ¿Por qué?

CLARÍN: Porque sé el secreto de quién eres, y en efeto, Dentro cajas

CLOTALDO ¿Pero qué ruido es éste?

ROSAURA: Qué puede ser?

CLARÍN: Que del palacio sitiado sale un escuadrón armado a resistir y vencer el del fiero Segismundo.

ROSAURA: ¿Pues cómo cobarde estoy, y ya a su lado no soy un escándalo del mundo, cuando ya tanta crueldad cierra sin orden ni ley?

Vase ROSAURA. Hablan dentro

UNOS: ¡Vive nuestro invicto rey!

OTROS: ¡Viva nuestra libertad!

CLARÍN: ¡La libertad y el rey vivan! Vivan muy enhorabuena; que a mí nada me da pena como en cuenta me reciban, que yo, apartado este día en tan grande confusión, haga el papel de Nerón, que de nada se dolía.

Si bien me quiero doler de algo, y ha de ser de mí; escondido desde aquí toda la fiesta he de ver. El sitio es oculto y fuerte entre estas peñas.

Pues ya la muerte no me hallará, ¡dos higas para la muerte! Escóndese, suena ruido de armas. Salen el rey BASILIO, CLOTALDO y

ASTOLFO huyendo

BASILIO: ¿Hay más infelice rey? ¿Hay padre más perseguido?

CLOTALDO: Ya tu ejército vencido baja sin tino ni ley.

ASTOLFO: Los traidores vencedores quedan.

BASILIO: En batallas tales los que vencen son leales, los vencidos, los traidores. Huyamos, Clotaldo, pues, del cruel, del inhumana rigor de un hijo tirano. Disparan dentro y cae CLARÍN, herido, de donde está[editar]

CLARÍN: ¡Válgame el cielo!

ASTOLFO: ¿Quién es este infelice soldado, que a nuestros pies ha caído en sangre todo teñido?

CLARÍN: Soy un hombre desdichado, que por quererme guardar de la muerte, la busqué. Huyendo de ella, topé con ella, pues no hay lugar para la muerte secreto; de donde claro se arguye que quien más su

efecto huye, es quien se llega a su efeto. Por eso tornad, tornad a la lid sangrienta luego; que entre las armas y el fuego hay mayor seguridad que en el monte más guardado; que no hay seguro camino a la fuerza del destino y a la inclemencia del hado; y así, aunque a libraros vais de la muerte con huír. ¡Mirad que vais a morir, si está de Dios que muráis!
Cae dentro

BASILIO: "¡Mirad que vais a morir si está de Dios que muráis!" Qué bien, ¡ay cielos!, persuade nuestro error, nuestra ignorancia a mayor conocimiento este cadáver que habla por la boca de una herida siendo el humor que desata sangrienta lengua que enseña que son diligencias vanas del hombre cuantas dispone contra mayor fuerza y causa! Pues yo, por librar de muertes.y sediciones mi patria, vine a entregarle a los mismos de quien pretendí librarla.

CLOTALDO: Aunque el hado, señor, sabe todos los caminos, y halla a quien busca entre los espeso de las peñas, no es cristiana determinación decir que no hay reparo a su saña.

Sí hay, que el prudente varón victoria del hado alcanza; y si no estás reservado de la pena y la desgracia, haz por donde te reserves.

ASTOLFO: Clotaldo, señor, te habla como prudente varón que madura edad alcanza; yo, como joven valiente. Entre las espesas ramas de ese monte está un caballo, veloz aborto del aura; huye en él, que yo entretantote guardaré las espaldas.

BASILIO: Si está de Dios que yo muera, o si la muerte me aguarda aquí, hoy la quiero buscar, esperando cara a cara.

Tocan al arma y sale SEGISMUNDO y toda compañía

SEGISMUNDO: En lo intricado del monte, entre sus espesas ramas, el rey se esconde. ¡Seguidle! No quede en sus cumbres planta que no examine el cuidado, tronco a tronco, y rama a rama.

CLOTALDO: ¡Huye, señor!

BASILIO: ¿Para qué?

ASTOLFO: ¿Qué intentas?

BASILIO: Astolfo, aparta.

CLOTALDO: ¿Qué quieres?

BASILIO: Hacer, Clotaldo, un remedio que me falta.

A SEGISMUNDO: Si a mí buscándome vas, ya estoy, príncipe, a tus plantas. Sea de ellas blanca alfombra esta nieve de mis canas. Pisa mi cerviz y huella mi corona; postra, arrastra mi decoro y mi respeto; toma de mi honor venganza, sírvete de mí cautivo; y tras prevenciones tantas, cumpla el hado su homenaje, cumpla el cielo su palabra.

SEGISMUNDO: Corte ilustre de Polonia, que de admiraciones tantas sois testigos, atended, que vuestro príncipe os habla. Lo que está determinado del cielo, y en azul tabla Dios con el dedo escribió, de quien son cifras y estampas tantos papeles azules que adornan letras doradas; nunca engañan, nunca mienten, porque quien miente y engaña es quien, para usar mal de ellas, las penetra y las alcanza. Mi padre, que está presente, por excusarse a la saña de mi condición, me hizo un bruto, una fiera humana; de suerte que, cuando yo por mi nobleza gallarda, por mi sangre generosa, por mi condición bizarra hubiera nacido dócil y humilde, sólo bastara tal género de vivir, tal linaje de crianza, a hacer fieras mis costumbres; ¡qué buen modo de estorbarlas! Si a cualquier hombre dijese: "Alguna fiera inhumana te dará muerte," ¿escogiera buen remedio en despertallas cuando estuviesen durmiendo? Si dijeras: "Esta espada que traes ceñida, ha de ser quien te dé la muerte," vana diligencia de evitarlo fuera entonces desnudarla, y ponérsela a los pechos. Si dijese: "Golfos de agua han de ser tu sepultura en monumentos de plata," mal hiciera en darse al mar, cuando, soberbio, levanta rizados montes de nieve, de cristal crespas montañas. Lo mismo le ha sucedido que a quien, porque le amenaza una fiera, la despierta; que a quien, temiendo una espada la desnuda; y que a quien mueve las ondas de la borrasca. Y cuando fuera -escuchad me dormida fiera mi saña, templada espada mi furia, mi rigor quieta bonanza, la Fortuna no se vence con injusticia y venganza, porque antes se incita más; y así, quien vencer aguarda a su fortuna, ha de ser con prudencia y con templanza. No antes de venir el daño se reserva ni se guarda quien le previene; que aunque puede humilde -cosa es clara reservarse de él, no es sino después que se halla en la ocasión, porque aquésta no hay camino de estorbarla. Sirva de ejemplo este raro espectáculo, esta extraña admiración, este horror, este prodigio; pues nada es más, que llegar a ver con prevenciones tan varias, rendido a mis

pies a mi padre y atropellado a un monarca. Sentencia del cielo fue; por más que quiso estorbarla él, no pudo; ¿y podré yo que soy menor en las canas, en el valor y en la ciencia, vencerla? Señor, levanta. Dame tu mano, que ya que el cielo te desengaña de que has errado en el modo de vencerle, humilde aguarda mi cuello a que tú te vengues; rendido estoy a tus plantas.

BASILIO: Hijo, que tan noble acción otra vez en mis entrañas te engendra, príncipe eres. A ti el laurel y la palma se te deben; tú venciste; corónente tus hazañas.

TODOS: ¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO: Pues que ya vencer aguarda mi valor grandes victorias, hoy ha de ser la más alta vencerme a mí. -Astolfo dé la mano luego a Rosaura, pues sabe que de su honor es deuda, y yo he de cobrarla.

ASTOLFO: Aunque es verdad que la debo obligaciones, repara que ella no sabe quién es; y es bajeza y es infamia casarme yo con mujer...

CLOTALDO: No prosigas, tente, aguarda; porque Rosaura es tan noble como tú, Astolfo, y mi espada lo defenderá en el campo; que es mi hija, y esto basta.

ASTOLFO: ¿Qué dices?

CLOTALDO: Que yo hasta verla casada, noble y honrada, no la quise descubrir. La historia de esto es muy larga; pero, en fin, es hija mía.

ASTOLFO: Pues, siendo así, mi palabra cumpliré.

SEGISMUNDO: Pues, porque Estrella no quede desconsolada, viendo que príncipe pierde de tanto valor y fama, de mi propia mano yo con esposo he de casarla que en méritos y fortuna si no le excede, le iguala. Dame la mano.

ESTRELLA: Yo gano en merecer dicha tanta.

SEGISMUNDO: A Clotaldo, que leal sirvió a mi padre, le aguardan mis brazos, con las mercedes que él pidiere que le haga.

SOLDADO 1º: Si así a quien no te ha servido honras, ¿a mí, que fui causa del alboroto del reino, y de la torre en que estabas te saqué, qué me darás?

SEGISMUNDO: La torre; y porque no salgas de ella nunca, hasta morir has de estar allí con guardas; que el traidor no es menester siendo la traición pasada.

BASILIO: Tu ingenio a todos admira.

ASTOLFO: ¡Qué condición tan mudada!

ROSAURA: ¡Qué discreto y qué prudente!

SEGISMUNDO: ¿Qué os admira? ¿Qué os espanta, si fue mi maestro un sueño, y estoy temiendo, en mis ansias, que he de despertar y hallarme otra vez en mi cerrada prisión? Y cuando no sea, el soñarlo sólo basta; pues así llegué a saber que toda la dicha humana, en fin, pasa como sueño, y quiero hoy aprovecharla el tiempo que me durare, pidiendo de vuestras faltas perdón, pues de pechos nobles es tan propio el perdonarlas.

FIN